



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¡Que Allah os proteja, señor!—respondió el escrupuloso marido de la hostelera; —¿pero esas drogas cuánto me podrán costar?

—Unas veinte piastras—respondió Keraban.

—¡Veinte piastras!—exclamó el hostelero.—¡Ah! por ese precio me podría comprar otra mujer.

Y se fué, no sin dar gracias á sus huéspedes por sus buenos consejos, que esperaba aprovecharlos.

—Hé aquí un marido práctico—dijo Keraban.

—Hubierais debido casaros en este país, amigo Van Mitten.

—¡Tal vez!—respondió el holandés.

A las cinco de la tarde, los viajeros se detenían para comer en Surmeneh. Volvían á partir á las seis, con intención de llegar á Trebisonda ántes de acabarse el crepúsculo. Pero tuvieron una tardanza; una de las ruedas de la *araba* se rompió á dos leguas de la ciudad, hácia las nueve de la noche. Forzoso fué, por

lo tanto, pasar la noche en un paradero público, edificado sobre el camino (paradero bien conocido de los viajeros que frecuentan aquella parte del Asia Menor.

IV.

EN EL QUE SE TRATA DE NUEVOS PERSONAJES QUE EL SEÑOR KERABAN ENCUENTRA EN LA POSADA DE RISSAR.

La posada de Rissar, como todas las construcciones de aquel género, está perfectamente apropiado al servicio de los viajeros que se detienen allí ántes de entrar en Trebisonda. Su jefe, su guardian, como quiera llamársele, un cierto turco llamado Kidros, muy sagaz, más astuto que lo suelen ser de ordinario los de su raza, le administraba con gran cuidado. Trataba de tener contentos á sus pasajeros huéspedes, con gran ventaja de sus intereses, que en-

tendía á la perfección. Estaba siempre de su parte aunque se tratase de arreglar recibos ó cuentas, previamente subidos de precios, de manera de poderlos reducir á un total muy remunerador todavía, y esto por pura condescendencia á tan honorables viajeros.

He aquí en lo que consistía la posada de Rissar: un vasto patio cerrado por cuatro paredes, con anchía

puerta que daba al campo. A cada lado de la puerta dos garitas, adornadas con el pabellon turco, desde cuya altura se podían vigilar los alrededores, en el caso en que los caminos no estuviesen seguros. En el espesor de aquellos muros, cierto número de puertas que daban acceso á las habitaciones aisladas, en que los viajeros iban á pasar la noche, porque era raro



La posada de Rissar.

que estuviesen ocupadas durante el día. Al borde del patio, algunos sicomoros proyectaban alguna sombra sobre el arenoso suelo, al que el sol del mediodía alumbraba con sus rayos. En el centro, un pozo á flor de tierra, deservido por el infinito rosario (1) de una noria, cuyos arcaduces podían vaciarse en una especie de pila que formaba un estanque semicircular. Afuera había una hilera de bojes, resguardados bajo techados, en donde los caballos encontraban alimento y cama en cantidad suficiente. Atras, piquetes, á los que se ataban mulas y dromedarios, ménos acos-

(1) Máquina hidráulica compuesta de muchos arcaduces atados á una cadena.—(N. del T.)

timbrados que los cuballos á lo confortable de una cuadra.

Aquella noche, la posada, sin estar enteramente ocupada, contaba con cierto número de viajeros, los unos en camino para Trebisonda, los otros en camino para las provincias del Este, Armenia, Persia ó Kurdistan. Una veintena de habitaciones estaban ocupadas, y sus huéspedes la mayor parte dormían.

A las nueve, dos hombres tan sólo se paseaban por el patio. Hablaban con viveza, y no interrumpían su conversacion más que para ir á arrojar fuera una mirada de impaciencia.

Aquellos dos hombres, vestidos con trajes sencí-

llos, para no llamar la atención de los que pasaban á de los viajeros, eran el señor Saffar y su intendente Scarpante.

— Os lo repito, señor Saffar — decía este último — ésta es la posada de Bissar. Aquí es, y hoy mismo, en donde la carta de Yarlud nos cita.

— ¡El infame! — exclamó Saffar. — ¿Cómo es que no ha llegado todavía?

— Sin embargo, no puede tardar.

— ¿Y por qué esa idea de traer aquí á la joven Amasia, en vez de conducirla directamente á Trebisonda?

Segun se ve, Saffar y Scarpante ignoraban el naufragio de la *Guidare*, y sus consecuencias.

— La carta que Yarlud me ha dirigido — repuso Scarpante — venia del puerto de Atina. No dice nada de la joven, y sólo se limita á preguntar que venga esta noche á la posada de Bissar.

— ¡Y todavía no está aquí! — exclamó el señor Saffar, dando dos ó tres pasos hacia la puerta. ¡Ah! me consume la paciencia. Tengo el presentimiento que alguna catástrofe....

— ¿Por qué, señor Saffar? El tiempo ha sido muy malo en el mar Negro. Es probable que la embarcación no hubiera podido llegar á Trebisonda, y sin duda, arrojada por la tempestad al puerto de Atina....

— ¿Y quién nos dice, Scarpante, que Yarlud haya podido salir bien de su empresa al intentar el rapto de la joven en Odessa?

— Yarlud es no tan sólo un atrevido marino, señor Saffar — respondió Scarpante — sino también un hombre hábil.

— Y la habilidad no es suficiente para algunos casos — respondió con tranquila voz el capitán maltés, que desde hacía algunos instantes permanecía inmóvil en el dintel de la posada.

El señor Saffar y Scarpante se habían vuelto, y el intendente exclamó:

— ¡Yarlud!

— ¡Por fin! — le dijo bastante brutalmente el señor Saffar, dirigiéndose á él.

— ¡Sí, señor Saffar — respondió el capitán, que se inclinó respetuosamente — sí.... héme aquí.... por fin!

— ¿Y la hija del banquero Selim? — preguntó Saffar. — ¿Es que no has podido lograr lo que querías en Odessa?

— La hija del banquero — respondió Yarlud — la he secuestrado hace cerca de seis semanas, poco después de la partida de su futuro esposo Ahmet, obligado á seguir á su tío en un viaje al rededor del mar Negro. Inmediatamente hice vela á Trebisonda, pero con estos tiempos de equinecio mi barco ha sido rechazado al Este, y, á pesar de todos mis esfuerzos, ha venido á fondear sobre las rocas de Atina, en donde ha perecido toda mi tripulación.

— ¡Toda la tripulación! — exclamó Scarpante.

— Sí.

— ¿Y Amasia? — preguntó vivamente Saffar, al que la pérdida de la *Guidare* no le daba mucho cuidado.

— Se ha salvado — respondió Yarlud; — con la joven esclava que la acompañaba.

— Pero si se ha salvado.... — preguntó Scarpante.

— ¿En dónde está? — exclamó Saffar.

— ¡Señor! — respondió el capitán maltés — la fatalidad está en contra mía, ó mejor dicho, contra vos!

— Habla, pues — replicó Saffar con actitud amenazadora.

— La hija del banquero Selim — respondió Yarlud — ha sido salvada por su futuro Ahmet, al que la más sentimental casualidad había llevado al teatro del naufragio.

— ¿Salvada por él? — exclamó Scarpante.

— ¿Y ahora? — preguntó Saffar.

— Ahora la joven, bajo la protección de Ahmet, del tío de éste, y algunas personas que les acompañan, se dirige á Trebisonda. Desde allí deben ir á Scutari para la celebración del matrimonio, que debe efectuarse á fines de este mes.

— ¡Torpe! — exclamó el señor Saffar. — Haber dejado escapar á Amasia, en vez de salvarla tú mismo!

— La hubiese hecho, á peligro de mi vida, señor Saffar — respondió Yarlud — y en este momento estaría en vuestro palacio de Trebisonda si ese Ahmet no se hubiese encontrado allí en el momento del naufragio de la *Guidare*.

— ¡Ah! eres tórrido de las misiones que te confío — replicó Saffar, que no pudo contener un movimiento de cólera.

— ¿Queréis escucharme, señor Saffar — dijo entonces Scarpante. — Con un poco de paciencia vos podréis reconocer que Yarlud ha hecho todo lo que ha podido.

— ¡Todo! — respondió el capitán maltés.

— Todo, no es bastante — respondió Saffar — cuando se trata de cumplir una de mis órdenes.

— Lo pasado, pasado está, señor Saffar — repuso Scarpante. — Pero examinemos el presente, y veamos los sucesos que nos ofrece. La hija del banquero Selim podía no haber sido secuestrada en Odessa.... y lo ha sido. Podía haber perecido en el naufragio de la *Guidare*.... y sin embargo, vive. Podía ser ya la esposa de ese Ahmet.... y sin embargo, no lo es. Por lo tanto, nada se ha perdido.

— No.... nada.... — respondió Yarlud. — Después del naufragio, yo le seguí, le espiado á Ahmet y á sus compañeros desde su partida del puerto de Atina. Viajan sin desconfianza, y el camino todavía es largo, á travéz de toda la Anatolia, desde Trebisonda hasta las riberas del Bósforo. Porque ni la joven Amasia ni su sirvienta saben cuál era el destino de la *Guidare*. Además, nadie conoce ni al señor Saffar, ni á Scarpante. No podía tenderse á aquella pequeña caravana un lazo, y....

— ¡Scarpante! — respondió friamente Saffar — esa joven me hace falta. Si la fatalidad está en contra mía, yo sabré luchar contra ella. No se podrá decir que uno de mis deseos no se ha satisfecho.

— Y lo será, señor Saffar — respondió Scarpante. Si, entre Trebisonda y Scutari, en esas desiertas regiones, será posible.... aun fácil.... preparar una emboscada á esa pequeña caravana.... ya dándole un guía que sabrá extraviarla, ya atacándola por una tropa de hombres pagados por vos. Pero esto es obran-

do por la fuerza, mas si la astucia puede emplearse es mejor.

—¿Y cómo emplearla?—preguntó Saffar.

—Dices, Yarbud—repuso Scarpante, dirigiéndose al capitán maltés—dices que Ahmet y sus compa-

ñeros se dirigen ahora tranquilamente á Trebisonda.

—Si, Scarpante—respondió Yarbud—y añado que seguramente pasarán esta noche en el paradero de Rissar.

—Pues bien—preguntó Scarpante—¿no podría-



Kidros no le hablaba más que con una extrema deferencia.

mos imaginar algún impedimento, alguna causa.... que les detuviese.... que separase á la jóven Amasia de su futuro?

—Tendria más confianza en la fuerza—respondió brutalmente Saffar.

—Sea—dijo Scarpante—la emplearemos si fracasa la astucia. Pero dejadme aguardar aquí.... observar....

—¡Silencio, Scarpante!—dijo Yarbud, cogiendo del brazo al intendente;—no estamos solos!

En efecto, dos hombres acababan de entrar en el patio. Uno de ellos era Kidros, el dueño de la posada; el otro, un personaje importante (al oírle por lo ménos) y que conviene presentemos al lector.

El señor Saffar, Scarpante y Yarbud se escondie-

ron en un rincón oscuro del patio. Desde allí podían escuchar á su gusto, y aún más fácilmente, pues el personaje susodicho no se hacia rogar para hablar con una voz, á la vez alta y altanera. Era un señor Kurdo. Se llamaba Yannar. La region montañosa del Asia, que comprende la antigua Asiria y la antigua Media, se denomina Kurdistan en la geografia moderna. Se divide en Kurdistan turco y Kurdistan persa, segun confine con Persia ó con Turquía. El Kurdistan turco, que forma los *pachaliks* de Chechrezour y Mossoul, así como una parte de los de Van y Bagdad, cuenta con muchos cientos de miles de habitantes, y entre ellos (cantidad ménos considerable) el señor Yannar, llegado desde la vispera á la posada de Rissar, con su hermana la noble Saraboul.

El señor Yanar y su hermana habían abandonado a Mossoul desde hacía dos meses, y viajaban por placer. Se dirigían los dos á Trebisonda, en donde pensaban detenerse algunas semanas. La noble Saraboul (así se la denominaba en su *pachtik* natal), á la edad de treinta y dos años era viuda ya de tres señores kurdos. Aquellos diversos esposos no habían podido consagrar á la felicidad de su esposa más que una vida desgraciadamente muy corta. Su viuda muy agradable de tallo y figura, se encontraba en la situación de una mujer que se dejaría voluntariamente consolar por un cuarto marido, de la pérdida de los otros tres. Cosa difícil de realizar, por poco que se la conociese, aunque ella fuese rica y de buen origen, porque, por la impetuosidad de su carácter, la violencia de su temperamento kurdo, se arriesgaba á amenazar á cualquier pretendiente á su mano, si se presentaba. Su hermano Yanar, que se había constituido su protector, su guardia de corps, la había aconsejado que viajara: la casualidad es tan grande en el viaje. Hé aquí por qué aquellos dos personajes, abandonando su Kurdistan, se encontraban entonces en el camino de Trebisonda.

El señor Yanar era un hombre de cuarenta y cinco años, su elevada estatura, su fisonomía feroz, indicaban su mal genio, uno de esos matamoros que han venido al mundo frunciendo las cejas. Con la nariz aguilona, los ojos profundamente hundidos en sus órbitas, la cabeza afilada, y sus enorres bigotes, más bien se aproximaba al tipo armenio que al tipo turco. Con un alto bulto de fieltro rodeado de una tela de seda de un rojo vivo; vestido con una túnica de mangas abiertas, bajo una chaqueta bordada de oro, y de un largo pantalón que le caía hasta los tobillos; calzada con unos botas de cuero, guarnecidas de pasamanería, con las cañas plegadas; en la cintura un chal de lana, en el que se sostenía toda una panoplia de puñales, pistolas y yataganes, tenía una figura verdaderamente terrible. Así es que Kidros no le hablaba más que con una extrema deferencia, en la actitud de un hombre que se viera obligado á dar las gracias delante de la boca de un cañón cargado de metralla.

—Si, señor Yanar—decía entonces Kidros, acompañando cada una de sus palabras con los gestos más confirmativos—os repito que el juez va á llegar esta noche misma, y que mañana por la mañana, desde el alba, procederá á la información.

—Kidros—respondió Yanar—sois el dueño de la posada, y que Allah os estrangule si no tenéis cuidado de que los viajeros estén en seguridad aquí.

—¡Cierto, señor Yanar, cierto!

—Pues bien, la última noche, malhechores, ladrones ó otros, han penetrado.... han tenido la audacia de penetrar en el cuarto de mi hermana, la noble Saraboul.

Y Yanar mostraba una de las puertas abiertas en el muro que cerraba el patio por la derecha.

—¡Los cobardes!—exclamó Kidros.

—Y no abandonaremos la posada—repuso Yanar—sin que hayan sido descubiertos, detenidos, juzgados y ahorcados.

¿Había habido verdaderamente tentativa de robo durante la precedente noche? Kidros no acababa de convencerse. Lo cierto es que la desconsolada viuda, despertada por un motivo ó por otro, había abandonado su habitación, asustada, dando gritos, llamando á su hermano; que toda la posada había sido puesta en movimiento, y que los malhechores, admitiendo que existieran, se habían escapado sin dejar el menor rastro.

Fuera lo que fuese, Scarpante, que no perdía ni una sola palabra de aquella conversacion, se preguntó qué partido podría tomar de aquella aventura.

—¡Porque nosotros somos kurdos!—repuso el señor Yanar, alzándose para dar mejor á esta palabra toda su importancia.—somos kurdos de Mossoul, kurdos de la gran capital del Kurdistan, y no admitiremos jamás que se causen perjuicios á kurdos, sin que una justa reparacion se obtenga por justicia.

—¿Pero, señor, qué perjuicio?—osó decir Kidros, retrocediendo algunos pasos por prudencia.

—¿Qué perjuicio?—exclamó Yanar.

—¡Si señor! Sin duda algunos malhechores han intentado introducirse la última noche en la habitación de vuestra hermana, pero al fin nada han robado....

—¡Nada!—respondió el señor Yanar—nada.... en efecto, pero gracias al valor de mi hermana, gracias á su energía. Maneja con la misma facilidad la pístola y el yatagón.

—Por eso—repuso Kidros—los malhechores han huído.

—Han hecho bien, Kidros. La noble, la valiente Saraboul los hubiese exterminado dos á dos, cuatro á cuatro. Por lo cual esta noche se quedará armada como yo lo es hoy, y desgraciado el que osare aproximarse á su habitación.

—Vos comprendéis, señor Yanar—repuso Kidros—que no hay nada que temer, y que esos ladrones (si son ladrones) no se aventurarán á....

—¡Cómo, si son ladrones!—exclamó el señor Yanar con voz de trueno.—¡Y qué queréis que sean esos bandidos?

—Tal vez.... algunos presuntuosos.... algunos locos....—respondió Kidros, que quería defender el crédito de su establecimiento.—¡Si!.... porque no.... algún enamorado asustado.... armatrazado.... por los encantos de la noble Saraboul.

—Por Mahoma—respondió el señor Yanar, llevándose la mano á su panoplia—estaría bien eso. Se tratará del honor de una kureda. Entonces no sería bastante arrestarle, encarcelarle, empalarle. El más espantoso suplicio no sería suficiente.... á ménos que el andaz no tuviese una posición y una fortuna que le permitiesen reparar su falta.

—Por Dios, ¿queréis caluiaros, señor Yanar?—respondió Kidros.—Tened paciencia. La información nos hará conocer al autor ó los autores de ese atentado. Os lo repito, he llamado al juez. Yo mismo he ido á buscarle á Trebisonda, y cuando se lo he contado, me ha asegurado que había un medio (un medio seguro) de descubrir á los delincuentes.

—¿Y qué medio es ése?—preguntó el señor Yanar con un tono irónico.

—Lo ignoro—respondió Kidros—pero el juez asegura que ese medio es infalible.

—Sea—dijo el señor Yanar;—verémos eso mañana. Me retiro á mi cuarto, pero estaré en guardia, en guardia y armado.

Diciendo esto, el terrible personaje se dirigió hácia

su cuarto, situado al lado del de su hermana; una vez allí, se volvió por última vez, y extendiendo el brazo en actitud amenazadora hácia el patio de la posada,

—No se juega con el honor de una kurda—exclamó con una voz formidable.



El señor Saffar y el capitán maltés se hicieron.

Después desapareció.

Kidros respiró entonces con tranquilidad.

—En fin—dijo—verémos cómo acaba esto. Tocante á los ladrones, si alguna vez los ha habido, más vale que se hayan escapado.

Durante aquel tiempo, Scarpante conversaba en voz baja con el señor Saffar y Yarhud.

—Si—les decía—gracias á esta aventura, puede disponerse algun golpe.

—¿Tú pretendes....—preguntó Saffar.

—Pretendo suscitar aquí mismo á ese Ahmet alguna desagradable aventura, que pudiera entretenerle algunos dias en Trebisonda y separarle de su futura.

—Sea; pero si fracasa la astucia....

—Entonces, la fuerza—respondió Scarpante.

En aquel momento Kidros aperció á Saffar, Scarpante y Yarhud, á quienes no habia visto todavía. Avanzó hácia ellos, y con un tono muy amable dijo:

—¿Qué esperais, señores?

—Viajeros, que deben llegar de un momento á otro para pasar la noche en la posada—respondió Scarpante.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los quemadores y el indio prisionero.— Diálogo entre pájaros.— El lucan y el *halorus nigricans*.— ¿Será una señal?— Hundimiento de un bosque.— Catapuzamiento en un salto de agua.— El *patasca*.— La *eyasion*.— Enemigos misteriosos.— La *gacha de oro*!..— La leyenda de *El Borado*.— El tesoro de los hijos del Sol.— Los aventureros en el país del oro.— Gobernador y piel-roja.— Mameet, Vicente y Paulina.— El secreto del oro.— El primer grano de oro recogido por un francés el 13 de Agosto de 1856.— El secreto que mata.— Hapto.— Los cómplices.

—Tráeme ese piel-roja.

—Espera.... un minuto.

—¿Está bien sujeto?

—Temo que esté demasiado bien. No se mueve.

—¿Habrá muerto?

—¡Hum!

—Déjate de bromas. Representa un capital, la fortuna para todos nosotros.... dos millones.

—¿Hay que desatarle?

—¡Cuidado no se escape!

—¡Pero.... si se ahoga!

—Tienes razón. No se debe matar la gallina de los huevos de oro. Larga un poco las amarras— repuso el primer interlocutor, que parecía unir á un ligero tinte literario cierto conocimiento de vocablos marítimos.

—Acabemos.

El indio, inerte, fué levantado sin esfuerzo.

—Ya está.

—¿Y qué?

—No meneas pié ni mano.

—¡Mil truenos!.... Nos hemos lucido como haya estirado la pata.

—¡Caramba!

—¡Caramba! ¿Por qué? Te confío ese individuo. Tú me respondes de él. Ya sabes lo que vale ¿no es verdad? Te enargas de vigilarle, de impedirle que se largue.... y....

—Y como el mejor medio de quitarle ese deseo, consiste en amarrarle, le he adornado con quince brazas de meollar de primera calidad.

—Eso no es razón para destriparle.

—Hablas como te da la gana. Hace ocho días que andamos dando tumbos con este prójimo, y ya nos

hubiera jugado una mala pasada si no hubiese yo tomado mis precauciones.

—¡Vamos! A la una.... á las dos.... ¿Está muerto? ¿Si ó no?

—Si está muerto, un perro ménos mientras nosotros estaremos bien.... fastidiados.

—¡Y el secreto del oro!.... Como sea verdad te declaro que pagarás por él. Te desollaré vivo.... te....

—No seas bruto. Un piel-roja no muere nunca. Esos bribones tienen el alma muy dura. Espera un poco, ahora verás.

El segundo interlocutor sacó enseguida del bolsillo de su pantalón de lienzo gordo un eslabon y una de esas mechas largas y amarillas, usadas por los fumadores. Dos golpes secos hicieron brotar del pedernal haces de chispas, y la mecha se inflamó. El hombre separa las muñecas del indio, siempre inerte, en las que ha trazado la cuerda embreada dos surcos lividos. Acerca los pulgares y los aprieta violentamente, despues de colocar entre ellos la mecha encendida.

Y chisporrotea la carne, y un desagradable olor de asado se esparce por la atmósfera. El pecho del piel-roja se eleva ligeramente, escapándose de su garganta un suspiro doloroso. Al contacto del fuego que calcina sus carnes recobra el sentido poco á poco.

—El pobrecito vive todavía— dijo riéndose á carcajadas aquel verdugo encantado, con la infamia que acababa de cometer.

—Está bien; átate sólidamente por debajo de los brazos.

—Así. Ten cuidado de que no se caiga al agua. Vosotros atended á los pagayes.

—¡Oh.... levanta!

El desgraciado indio, cuya piel humeaba todavía, fué levantado como un fardo por aquel hombre que parece tener vigor atlético, y que despues de realizar semejante esfuerzo, le depositó cerca de él en la roca pelada.

—Ea, compañeros, ahora os toca á vosotros.

Cuatro hombres se disponen á salvar una de esas murallas pedregosas que cortan con frecuencia las corrientes de la Guayana y que se conocen con el nombre de *salto*. Se trata de una altura de cuatro á cinco metros. Uno de aquellos individuos, el que tiene la

amarra que sirvió para izar al indio, es el primero que ha escalado la barrera, y se encuentra sobre un islote granítico, de tres metros de diámetro. A derecha e izquierda se precipitan las aguas del río en espumosas cascadas.

La piragua amarrada al pié de la roca oscila en medio de los remolinos. Los vivos toman el mismo camino que el prisionero. Barriles de *cuac*, cajas de galletas, toneles de salazon y de bacalao; la provision es abundante, sin olvidar las armas, las municiones y los útiles.

Les llega su vez á los hombres. Se refuerzan las amarras de la piragua. Los cuatro bogadores reúnen sus esfuerzos, y la embarcacion levantada por sus brazos como por un aparato, sube lentamente y vá á colocar su quilla en la plataforma, llena de escopetas, picos, azadones, hachas y farjos de todas clases.

El indio, extendido en la roca, y calentado por el sol, continúa inmóvil. Se creería que estaba desmayado, á no ser por el imperceptible movimiento de su pecho y por la mirada de odio feroz que lanza su negro ojo sobre los cuatro hombres cuando vuelven la espalda. Es jóven, unos veintidos años, de estatura regular, pero bien formado. Lleva un calambé y no está adornado con esas pinturas á que sus compatriotas son tan aficionados, y con las cuales se embadurnan el pecho y el rostro. Su piel no está untada con achiste, es de color café con leche, y menos oscura que la de los desconocidos en cuyo poder se halla.

Estos son europeos. Tres están en mangas de camisa, y sus pantalones, levantados hasta las rodillas, dejan ver unas piernas secas, cubiertas de cicatrices más ó ménos antiguas. Sus rostros, flacos, pálidos, de expresion dura y cruel, están cubiertos con unos sombreros de ala ancha, de paja gruesamente tejida.

Sus barbas no muy largas añaden mayor dureza á sus facciones. Sería imposible señalarles una edad exacta, pero ninguno de ellos tiene más de treinta años.

El cuartio, el que parece jefe, se distingue por una anchura de hombros desmesurada. Su torso de atleta se bambolea como un oso sobre sus dos piernas arqueadas de músculos enormes. Está calzado con una especie de abarcas, cubierto con una gorra blanca de cogotera, y vestido con una camiseta de lana roja. Poblada barba negra, en la que ya se ven algunas canas, le adorna el rostro, y representa unos cuarenta y cinco años.

Aunque ordena todos los movimientos, y aunque los otros los ejecutan sin replicar, se ve que viven sobre las bases de una igualdad perfecta fundada en mutuas necesidades y en esperanzas mutuas. Tampoco hace falta haber sido testigo de los infames tratamientos de que fué objeto el indio para comprender que su solidaridad no quita nada al cumplimiento de un deber, pero que responde á apetitos desordenados cuya satisfaccion puede llevar hasta el crimen.

En suma, el juicio que un espectador indiferente hubiera formado al primer golpe de vista, se podría resumir en estas cuatro palabras: ¡Buena colección de pillos!

No parece que se encuentran molestos, á pesar del

sol, que deja caer sus abrasadores rayos sobre el riachuelo, y sin duda están perfectamente familiarizados con aquel clima, bajo cuya influencia hubiera sembrado un europeo un acclimado. La facilidad con que ejecutaban las diversas maniobras, indica que están acostumbrados á trabajos de fuerza.

—*W, jefe*— exclama familiarmente uno de ellos— ¿te parece que tomemos un bocanudo?

—Cuando esté dispuesta la carne.

Como los rostros de los hambrientos manifiestan evidente disgusto, el jefe responde con rudeza y ligero acento de burla:

—*Ea*, carteros míos, embarcad las provisiones y todos los bártulos. Ya sabeis que cuando ponga manos á la obra no me quedo atrás. Vais á ver cómo predio con el ejemplo.

Y viendo la accion á la palabra, coge un barril de *cuac*, que lo ménos pesa cincuenta kilogramos, y le coloca muy despacio, sin esfuerzo aparente, en la embarcacion, que se balancea al pié de las rocas. La estiva es cuestion de un cuarto de hora.

Entónces dieron principio los cuatro hombres á su frugal comida. Algunos pañados de este desleído con agua, con un trozo de saladillo cocido la víspera, componian la lista del banquete. El jóven piel-roja habia recobrado poco á poco el conocimiento, ó por mejor decir, no afectaba aquella inmovilidad, más fingida que real, desde el empleo del irritante tratamiento infligido por uno de los aventureros. Comia muy despacio algunos bocanudos, y parecia no ver ni oír nada.

Un grito extraño, áspero, semejante al rechinar de una polea mal engrasada, ó más bien de una rueda de carreta adaptada á un eje de madera, se oyó bajo el follaje, cerca del salto. Nadie se enteró, excepto el indio, cuyo tido infalible sabía descubrir imperceptibles modulaciones en aquella llamada bulleiosa, jovial, que señalaba la presencia del *toron*, llamado tambien *pico-grande* por los criollos guayanenses.

Una fugitiva expresion de curiosidad, trazo de esperanza, animó su rostro durante un segundo, recordando en seguida su máscara de triste impasibilidad. Luego una voz sonora, llena, bien timbrada, dejó oír cuatro notas: ¡*Do... mi... sol... do!*... que parecian emitidas por un bariton de ópera, y que vibraron largo tiempo con increíble ajosia de entonacion.

El piel-roja hizo un brusco movimiento que hubiera podido delatarle.

—*Eh!* ¿qué te pasa, Kalina?— dijo brutalmente el hombre de la barba larga, á quien los otros llamaban *jefe*. ¿Te ataca la música los nervios? Es el tucan que se divierte, y el honrado (1) que le responde.

—Es muy curioso ese pájaro con sus cuatro notas. Cualquiera creería que es un hombre.

La voz del tucan chilló de nuevo: ¡*Do, mi, sol, do!*—respondió el honrado.

En seguida dominó el silencio en el impenetrable bosque.

—¡Vaya una idea de cantar así en medio del día! Nunca lo he oído.

(1) El honrado es el *totari-ripitus* de los naturalistas.

—Oye, jefe; ¿Y si eso fuera una señal?—observó uno de los bogadores.

—Una señal, ¿de qué, imbécil? ¿Y á quién había de ir dirigida?

—¿Qué sé yo! ¿No hacíamos nosotros lo mismo

cuando estábamos allá? Los imbéciles como tú ¿notaban algo de particular?

Los otros dos, silenciosos hasta entónces, prorumpieron en carcajadas como señal de aprobación.

—¿Quién te dice que no hay entre las hierbas, de-



¡Buena colección de pillos!

tras de los árboles, algunos pares de ojos abiertos que nos miran? ¿Estás seguro de que ese chillido del tucán, contestado por el canto del honrado no tiene una significación que no conocemos? Y es tanto más extraordinario cuanto que, como dices, son las doce del día. Los pájaros, excepto el burlon, no cantan á esta hora. Por más que miro no veo el tucán. Sin embargo, su grito ha sonado cerca de nosotros.

El mismo fenómeno, ya que aquel incidente, fútil en la apariencia, parecía tomar las proporciones de

un acontecimiento, se reprodujo pero en sentido inverso. El honrado fué el que comenzó respondiéndole el tucán.

Los cuatro hombres miraron atentamente al indio, que seguía mudo é impassible.

—Si supiese—dijo gruñendo el jefe—que esa llamada se dirige á tí, te arrimaría un par de bofetadas.

—No conseguirías nada. Estos animales son tercos como los asnos. Cuando se les pone una cosa en la cabeza no hay quien se la quite.

—Aguarda, yo me encargo de hacerle hablar. Pronto habremos logrado nuestro objeto, ó por mejor decir, se acerca el momento en que nos sea imposible orientarnos. Sólo él conoce el camino, y si no quiere decir nada.... Cuando le quemé las piernas hasta el vientre y los brazos hasta los hombros.... entonces nos guiará.

—Perfectamente. Eso es hablar. ¿Has oído, Kalina?

El indio no se dignó mirar.

—Ea, en marcha —dijo el jefe con voz ruda.

Los cuatro hombres volvieron á ocupar sus puestos en la embarcación, colocaron en el centro al indio, que continuaba amarrado, y se pusieron á bogar vigorosamente.

El riachuelo, que se estrechaba cerca del salto, iba ensanchando poco á poco.

—Vamos por la orilla derecha —dijo el jefe. ¿No ves una montaña allá, ó es una nube aquella mancha oscura?

—Es una montaña.

—Buena; pongo la proa hacia ella. Crean que nos acercamos.

Por cuarta vez resonó el grito del tacan, pero con tal intensidad que los cuatro hombres levantaron á una vez la cabeza, como si el pájaro hubiera estado á pocos metros de altura sobre ellos. El jefe ahogó un juramento, cogió su escopeta y la amartilló al punto. La piragua iba rozando la orilla. Se oyó un ruido inexplicable como de ramas quebradas, al que sucedió inmediatamente una detonación. El patron de la canoa había hecho fuego á través de las malezas y á la altura de un hombre. Cayeron las hojas cortadas por el plomo; pero el tacan no lanzó aquel grito de espanto que le es peculiar cuando se ve sorprendido.

—Tenias razon, es una señal. Dice el refran que hombre prevenido vale por dos; de modo que nosotros valenos por ocho. Me parece que no tardaremos mucho en pelear. Voy á seguir junto á la orilla y luego desembarcaremos en un punto conveniente.

Aquel plan, que parecia tan sencillo, no pudo realizarse. No bien el hombre colocó en la canoa la escopeta, humeante todavía, y apenas hubo cogido el pagay, cuando un árbol inmenso, completamente seco, que parecia estar abierto de mucho tiempo, pero sostenido por los bejucos, osciló violentamente para caer luego con terrible estrépito, haciendo saltar el agua á gran altura.

Felizmente para los aventureros, se verificó la caída á cien metros delante de la embarcación. Cinco minutos despues hubiera quedado hecha pedazos. Tu vieron, pues, que pasar á la otra orilla para no chocar contra aquella barricada que acababa de interponerse tan inopinadamente.

—¡Diantre! De buena hemos escapado. Si ese *Wacapa* fuera dos metros más largo, no sé cómo hubieramos pasado. Ea, sigamos nuestro camino en busca de un sitio favorable para desembarcar. Hay que tener cuidado con esos árboles muertos que se levantan por todas partes en las dos orillas.

—No faltaba más sino que volviese á comenzar

la función, como si esos árboles aguardasen nuestro paso para caer encima.

—¡Mil millones de truenos! —gritó el jefe.

Otras tres imprecaciones se oyeron al mismo tiempo, lanzadas por los tripulantes, aterrorizados á la vista de un fenómeno completamente inusitado.

—Calma, ó somos perdidos. Bogad firme. Á la orilla. Cuidado con el indio.

Los gritos y las órdenes fueron ahogados por un ruido formidable. Toda una ladera del bosque se hundió súbitamente. Cinco ó seis gigantes vegetales, apartados uno de otro veinte ó veinticinco metros, y secos como el que acababa de caer, oscilaron de igual modo. Parecía que una mano invisible acababa de cortarlos. Se oyó una serie de sonoros crujiidos, y los colosos se inclinaron lentamente hácia el arroyo, sostenidos todavía por su cabellera de bejucos fuertemente enlazados á sus vecinos. Las amarras tirantes hasta no poder más, se quebraron. Los árboles vivos, arrastrados, desarraigados por los muertos, se inclinaron á su vez, se abrieron con un ruido cuya intensidad no puede ser descrita. Luego la fronda vegetal rodó por el arroyo, cubriendo sus aguas de una confusa mezcla de ramas, hojas y flores.

Pálidos, sobrecogidos de terror y espantados por aquel terrible é inexplicable fenómeno, permanecían los cuatro hombres silenciosos, sin ocuparse en mantener el equilibrio de la piragua, que danzaba vertiginosamente sobre las ondas producidas por aquella repentina dislocación de la masa líquida.

¿Debian atribuir á una causa puramente accidental aquel cataclismo que podía haberles aniquilado? ¿No habría otra causa más que la inconsciente rebelión de aquella tierra misteriosa, de arboledas inexploradas, contra la invasión de los infinitamente pequeños que se atrevían á desozer su velo virginal? ¿Qué Titanes hubieran podido trastornar de tal manera aquellos árboles muchas veces seculares y romperlos como mástiles de un buque arrebatado por el huracán?

El cauce del arroyo estaba completamente obstruido. Los cuatro aventureros no podían subir por la corriente ni abordar á donde se habían propuesto. Fueron inútiles todos sus esfuerzos para tocar en la orilla opuesta. Una sabana inundada, guardada de culebras gigantescas y de anguilas temblorosas, se extendía hasta perderse de vista. El único plan realizable consistía en abrirse paso á través de aquellos troncos y de aquellas ramas, empleando el hacha, la sierra y el machete para practicar un canal; trabajo abrumador que exigía tres ó cuatro días por lo ménos.

Es inútil decir que no pensaron en retroceder. Aquellos bribones tenían la tenacidad de los hombres honrados; contaban con viveres en abundancia para varios meses y no pretendían detenerse ante los primeros incidentes. Apenas se apaciguaron los remolinos de las aguas cuando ya tenían adoptada una resolución y trazado un plan.

—Y bien, jefe, ¿qué dices de todo eso?

—Digo.... digo que no lo comprendo.

—¿Crees todavía que aquellos gritos de los pájaros no significaban nada?

—Es posible, después de todo. Sin embargo, si hubiese en el bosque una tropa de pieles-rojas, en vez de divertirse cortando esos árboles para obstruir el arroyo, nos hubieran enviado sencillamente á cada uno una buena flecha de dos metros de largo. ¡Estamos tan cerca de la orilla y tienen ellos un ojo tan certero! Es incomprendible, tanto más cuanto esos árboles muertos debían estar cortados por el pie desde hace mucho tiempo.

— ¡Acaso sea la primera línea de las fortificaciones que defienden el País del Oro!

—Atravesaremos ésta y todas— dijo el jefe con acento duro.— Es, muios á la obra.

—Oye, jefe, una idea. No es razonable que acampemos en la piragua; por otra parte, es imposible colgar las hamacas de esos árboles que rodean la sabana. ¿Te parece que vulvamos á bajar hasta el salto? Podríamos descargar las provisiones en la roca y levantar un *patawa*.

—Tu idea es buena, hijo mío, y vamos á ponerla en práctica. Instalaremos en una hamaca á ese valiente piel-roja y le ataremos sólidamente para que se le quite de la cabeza cualquier idea de fuga. Nos abriremos camino con el hacha á través de estas malezas, y entonces ¡á la buena suerte!

La piragua volvió á las rocas; luego dos de los bogadores llegaron á la orilla, derribaron prontamente tres árboles del grueso de una pierna y los quitaron las ramas, mientras sus compañeros se apresuraban á desembalar el cargamento.

Ambas operaciones terminaron á un tiempo. Los tres árboles fueron trasladados á la roca, atándoles fuertemente por uno de sus extremos, y tres hombres los levantaron á la vez con un movimiento rápido, separándolos por la base, de modo que formaban un triángulo isósceles de tres metros cincuenta centímetros de lado.

El aparato permaneció en pie y las tres hamacas ocuparon en seguida los costados. Aquella instalación tan sencilla, tan cómoda y de un uso tan frecuente entre los negros y los pieles-rojas de la región equinoccial, se llama *patawa*. El *patawa* presta grandes servicios, pues procura un lecho seguro en los sitios húmedos y desprovistos de árboles. En Guayana es imposible descansar sobre la tierra, so pena de exponerse á las desagradables y con frecuencia peligrosas visitas de los huéspedes del bosque: escorpiones, ciempiés, arañas, hormigas, serpientes, etc.

El jefe, después de haber examinado minuciosamente las ligaduras del indio prisionero, le colocó en la hamaca cual si fuera un niño. Como el sol hería con sus rayos abrasadores aquel reducido espacio, el aventurero cortó algunas anchas hojas de *bartura*, las ató unas con otras y formó una especie de pátula, extendiéndola sobre su cabeza. De este modo nada tenía que temer de insolación el desgraciado.

—Una sombrilla... una sombrilla para esta criatura— dijo el miserable chancéandose.— Te trato como si fuera tu padre, ¿no es verdad? No creas que hago todo esto por tu linda cara, angelito; si no representas para nosotros un capital, hace mu-

cho tiempo que te hubiera enviado con *Gadu* (1). Hasta la vista, y que te vaya bien. No olvides que te vigilo perfectamente.

Los cuatro pícaros volvieron á salir en seguida hácia la barrera vegetal, y unidos por feroz energía empezaron á atacarla con los machetes y las hachas. La faena era muy ruda y avanzaba lentamente, pero no se perdían sus esfuerzos, y ántes de cuarenta y ocho horas habrían salido de aquel atoladero. Cuando el sol desaparecía por el horizonte regresaban al *patawa* cantando alegremente como honrados obreros á quienes ha sido grato el trabajo del día.

La última nota de la festiva cantinela se confundió con un aullido de rabía á la vista de la hamaca vacía. El piel-roja, tan bien atado por el jefe, había desaparecido.

Aunque aquella ausencia pareciese el resultado de un escamoteo, no tenía nada de misterioso. Al ver el jóven indio á sus verdugos ocupados en abrirse paso, pensó aprovechar el primer momento de respiro y se puso á roer las cuerdas que le sujetaban las muñecas; sus dientes blancos y agudísimos trabajaron tanto y tan bien, que después de una hora de esfuerzos sobrehumanos pudo cortar la dura trenza de su collar.

Terminada la primera parte de la faena, que, desgraciadamente, era la que ménos dificultades ofrecía, trató de librarse de las trabas que le impedían mover las piernas. Era tan ingenuo como valiente y poseía en alto grado aquella paciencia inalterable que entre los suyos degenera muchas veces en apatía.

Llevaba un collar de dientes de *patuca* (2), puntiagudos, de cortantes aristas, con los cuales excavaban esos animales á profundidades increíbles y cortan raíces enormes. Rompió el hilo de pita en que estaban engarzados por la base, cogió uno y se puso acto continuo á serrar, ó por mejor decir, á desgastar hilo por hilo las hebras del meollar.

De vez en cuando, y á través del tejido de la hamaca, miraba con el rabo del ojo á sus verdugos, ocupados en su trabajo de zapa. Estos hacían lo mismo á cada instante; pero con tal maña supo continuar su obra y aparentar inmovilidad, que no pudieron sospechar nada. Llegó por fin al momento supremo. Sus piernas estaban libres. Tendióse voluptuosamente en la hamaca, descansó cerca de un cuarto de hora, se frotó los fatigados miembros para que recobrasen su elasticidad, y luego, aprovechando un instante en que los cuatro hombres tenían vuelta la espalda, se acercó al borde de la hamaca, saltó á la roca y se precipitó de cabeza en medio de la corriente.

Después de recorrer, sin salir á la superficie, el espacio que le separaba de la orilla, unos veinticinco metros, hizo pie en el centro de un grupo de heliconias, y desapareció en el bosque.

(1) *Gadu*, ó mejor *man Gadu* «señor Dios», es en efecto el nombre que dan á su divinidad los salvajes de Guayana. Sus creencias religiosas se limitan á una especie de maniqueísmo grosero que acomodan á sus necesidades con la más franca demencia. Son indiferentes por esencia, y más que honrar á Dios, se puede decir que temen al diablo.

(2) *Mamifera*, igualmente muy común en Guayana.

El furor de los aventureros no reconoció límites. Por más que la persecución era una locura, la intentaron. Á derecha é izquierda del arroyo se extendían sabanas inundadas; el terreno sólido que daba acceso al bosque no tenía más de ciento cincuenta metros de ancho y formaba como un camino entre las

dos sabanas. En aquella parte cercana á la orilla fué donde cayeron los árboles movidos por una fuerza misteriosa.

El jefe y tres hombres se lanzaron hácia los troncos sumergidos en sus tres cuartas partes, mientras el cuarto permanecía custodiando las provisiones. Ya



Se precipitó de cabeza en medio de la corriente.

se acercaban á la tierra cuando de pronto se oyó un agudo silbido acompañado de un grito de angustia y de dolor que dió el que se encontraba á la vanguardia.

Una larga flecha de gynerium con plumas negras que salió de la espesura le atravesó de parte á parte un muslo. Á pesar del terrible dolor que el herido experimentaba, trató de arrancarlo, pero fué en vano.

— Aguarda — dijo el jefe — voy á cortar la punta por el otro lado.

En un momento verificó la operación. El aventu-

ro miraba con curiosidad aquella punta de unos cinco centímetros de largo, la cual, no obstante la sangre de que estaba cubierta, despedía ciertos reflejos. Maquinalmente la secó con su manga.

— ¡ Calla !..... ¡ Es oro !..... — gritó estupefacto.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Había equivocado la dirección, y era preciso retroceder.

¿Pero cómo? Mis camaradas ya no gritaban, ó, lo que era igual, ya no los oía.

Me quedé un momento paralizado, por la angustia, y sin saber á cual lado dirigirme. Estaba perdido en aquellas lúgubres tinieblas, bajo la pesada bóveda, y en aquella agua glacial.

De pronto volví á oír las voces, y supe hacía donde debía retroceder.

Después de dar unas doce brazadas en sentido contrario al que llevaba anteriormente, encontré el rail. En aquel punto se hallaba la bifurcación. Busqué la plataforma de cambio, y no pude dar con ella; á derecha é izquierda no tropezaba más que con la pared. ¿Dónde estaba el rail?

Seguíe hasta su extremo; pero se interrumpía bruscamente.

Entonces comprendí que el camino de hierro había sido arrancado por las aguas, y que me hallaba sin guía.

En tales condiciones era imposible realizar mi proyecto, y me veía obligado á retroceder.

Había recorrido el camino, averiguando que estaba desembarazado de obstáculos, y nadé rápidamente para volver al socavón, guiado por las voces de mis compañeros.

Á medida que me acercaba, parecían que aquellos gritos eran más seguros, como si mis compañeros hubiesen cobrado nuevas fuerzas.

No tardé en llegar á la entrada del socavón, dando un agudo grito.

— Ven pronto — me dijo el *magister*.

— No he podido encontrar el paso.

— No importa; avanza por momentos la galería de bajada, y desde ella se oyen nuestros gritos; dentro de un rato podremos hablar.

Subí al socavón rápidamente, y me puse á escuchar. En efecto, se oían con claridad los piquetazos, y las voces que daban nuestros salvadores llegaban algo débilmente, pero bastante perceptibles.

En cuanto pasó el primer instante de alegría, observé que estaba casi helado, pero como no había vestidos calientes para secarme, me introdujeron hasta el cuello en la carbonilla, que siempre conserva cierto calor, y el tío Gaspar y el *magister* se acercaron á mí para abrigarme. Entonces les di cuenta de mi exploración, diciéndoles cómo había llegado á un punto en que terminaba el rail.

— ¿Te has atrevido á buccar?

— ¿Por qué no? Desgraciadamente no he encontrado nada.

Pero tenía razón el *magister* cuando dijo que no importaba nada aquel contratiempo; si no nos salvaban por la galería, nos salvarían por la bajada.

Hicieronse tan perceptibles los gritos, que pronto se entenderían las palabras.

Al poco rato oímos esta pregunta hecha con lentitud:

— ¿Cuántos sois?

El tío Gaspar era el que tenía la voz más fuerte y le encargamos que contestase.

— ¡Seis!

Hubo un momento de silencio. Indudablemente creían los de fuera que éramos más.

— ¡Daos prisa! — gritó el tío Gaspar. — ¡Ya no podemos resistir por más tiempo!

— ¿Cómo os llamáis?

Pronunció nuestros nombres.

— Bergonhoux, Pagés, el *magister*, Carrory, Kemi, Gaspar.

Para los que acudían á salvarnos fué este momento el más angustiioso de todos los trabajos. En cuanto se supo que no tardaríamos en comunicarnos, llegaron todos los parientes y amigos de los mineros sepultados, obligando á la fuerza armada á emplear toda su energía para contener á la multitud.

Cuando el ingeniero anunció que no éramos más que seis, experimentaron los circunstantes un doloroso desengaño, pero conservando la esperanza de que entre aquellos seis podía encontrarse algún individuo de su familia.

Se repitieron los nombres que había dado el tío Gaspar.

¡Ay! De ciento veinte madres ó esposas hubo cuatro solamente que vieran sus esperanzas realizadas. ¿Cuántos dolores, cuántas lágrimas!

Nosotros también pensábamos en los que debían haberse salvado.

— ¿Cuántos han podido salvarse? — preguntó el tío Gaspar.

Nadie respondió.

— Pregunta dónde está Pedro — dijo Pagés.

Así lo hizo, pero se quedó sin respuesta.

— No han oído.

— Di más bien que no quieren contestar.

Yo tenía una idea que me atormentaba.

— Preguntad que cuántos días hace que estamos aquí.

— Catorce.

¡Catorce días! El que había llevado sus cálculos más lejos no hablaba más que de cinco á seis días.

— No tardaréis en salir. Tened ánimo. No hablemos más porque se retrasa el trabajo. Es cuestión de pocas horas.

Creo que fueron las más largas de nuestro cautiverio, ó en todo caso, las más dolorosas. Cada piquetazo nos parecía el último; pero después de aquél se iba otro y otro y no acababan nunca.

De vez en cuando se establecía el diálogo.

— ¿Tenéis hambre?

— Sí, mucha.

— ¿Podéis esperar? Si estáis demasinado débiles, se hará un agujero de sonda para enviaros caldo, pero esta operación retardará vuestra libertad; si podéis esperar os salvaremos más pronto.

— Esperáramos, Dadao preisa.

Los *culebranos* no habían dejado de funcionar ni por un minuto y el agua bajaba con regularidad.

— Aviso que baja el agua — dijo el *magister*.

— Ya lo sabemos; sea por la bajada ó por la galería no tardaremos en llegar hasta donde estais.

Debilitóse el ruido de los piquetazos. Era evidente que de un momento á otro esperaban terminar la perforacion, y como habíamos indicado el sitio en que nos hallábamos, tenían producir algun hundimiento que no causase heridas ó la muerte, cayendo todos al agua mezclados con los escombros.

El *magister* nos explicó que también era de temer la fuerza expansiva del aire, pues tan pronto como estuviera practicado el agujero se precipitaría como una bola de cañón, derribando todo lo que encontrase á su paso. Fué preciso, por consiguiente, estar con mucho cuidado, vigilando por nosotros como los piqueros vigilaban por sí mismos.

El sacudimiento producido en el terreno por los piquetazos desprendía de lo alto del socavon pequeños trozos de hulla, que rodando por la pendiente iban á caer en el agua.

¡Cosa extraña! Cuanto más se acercaba el momento de recobrar la libertad, más débiles nos sentíamos: por mi parte apenas podía sostenerme, y metido como estaba en la carbonilla no podía levantar los brazos; temblaba como un azogado, y sin embargo no tenía frío.

Por último, se desprendieron algunos pedazos más grandes, que rodaron hasta nuestros pies. Estaba practicado el agujero en lo alto del socavon y quedamos casi ciegos por la luz de las lámparas.

Pero en el instante mismo volvimos á encontrarnos sumidos en las tinieblas; la corriente de aire, semejante á una tromba, que arrastraba pedazos de carbon y détritus de todas clases, había apagado las luces.

— Es la corriente de aire, no tengáis miedo, van á encender fuera las lámparas. Esperad un poco.

¡ Esperar! ¡ Esperar aún!

En aquel momento se oyó un gran ruido en la galería, y volviéndome, descubrí una claridad intensa que avanzaba sobre el agua.

— ¡ Ánimo! ¡ ánimo! — gritaron.

A la vez que por la bajada llegaban á dar la mano á los refugiados en la meseta superior, veían también á salvarnos por la galería.

El ingeniero estaba á la cabeza y él fué quien recibió primero al socavon, cogiéndome en sus brazos, sin que yo pudiera decirle una palabra.

Ya era tiempo, pues empezaba á faltarme valor.



Cogiéndome en sus brazos.

Sin embargo, me daba cuenta de que me llevaban á hombros, y cuando salimos de la galería horizontal me envolvieron en unas mantas.

Cerré los ojos, pero al poco tiempo me obligó á abrirlos un resplandor brillantísimo.

Era la luz del día. Estábamos al aire libre.

Al instante vi que se arrojaba sobre mí cuerpo un bulto blanco: era *Capi*, el cual se lanzó de un salto á los brazos del ingeniero y me lamó el rostro. Sentí que una mano estrechaba la derecha mía y que me abrazaba. « ¡ Kemi! » dijo una voz débil (era la de *Mattia*). Miré á mí alrededor y vi una multitud inmensa que estaba apñada en dos filas, dejando una calle en medio de la masa. Toda aquella muchedumbre estaba silenciosa, pues se había recomendado que no nos conmoviesen con los gritos, pero su actitud y sus miradas eran más elocuentes que sus labios.

En primera línea me pareció descubrir unas sobrepellices blancas con adorno de oro, que relucían con el sol. Era el clero de *Varses*, que había ido á la entrada de la mina para rogar por nuestra salvacion.

Cuando nos presentamos cayeron los sacerdotes de rodillas sobre el polvo, pues durante aquellos once días había tenido tiempo de secarse la tierra, mojada por la tempestad que fué causa de la inundacion.

Veinte brazos se adelantaron para cogerme, pero el ingeniero no quiso dejarme, y orgulloso con su triunfo, feliz y contento me llevó hasta las oficinas,

en las que se habían preparado algunas camas para recibirnos.

Dos días después me paseaba por las calles de Varses seguido de Mattia, Aléxis y Cypri; todos los habitantes del pueblo se detenían para verme.

Algunos se acercaban á mí y me estrechaban la mano derramando lágrimas.

Otros volvían la cabeza. Estos vestían luto y se preguntaban con amargura por qué se habría salvado aquel infortunado, mientras el padre de familia y el hijo estaban en la mina reducidos á miserables cadáveres arrastrados y removidos por las aguas.

Entre las personas que me detenían había algunas verdaderamente fastidiosas que me invitaban á comer en su casa ó á entrar en el café.

— Nos contarás todo lo que te ha sucedido — me decían.

Yo les daba gracias sin aceptar su ofrecimientos, porque no me convenía contar mi historia á personas indiferentes que creían pagarme con una comida ó con un vaso de cerveza.

Además, prefería escuchar á referir, y escuché á Aléxis y á Mattia, que me contaban lo que había pasado en la superficie de la tierra mientras yo estaba debajo.

— Cuando pensaba que habías muerto por mi causa — decía Aléxis — sufría horriblemente, y más de una vez he creído que no te volveríamos á ver.

— Yo no me he figurado que hubieras muerto — decía Mattia. — Ignoraba si saldrías vivo de la mina y si llegarías á tiempo para salvarte; pero siempre he creído que no te dejarías ahogar, de modo que si los trabajos de salvamento marchaban bastante de prisa se te encontraría en alguna parte. Por esto, mientras Aléxis lloraba y se desesperaba, yo decía: «No ha muerto, pero es posible que muera.» No dejaba de preguntar á todo el mundo: «¿Cuánto tiempo se puede vivir sin comer? ¿Se tardará mucho en agotar el agua? ¿Cuándo estará perforada la galería?» Pero nadie me contestaba á medida de mi deseo. Cuando preguntaron vuestros nombres y el ingeniero gritó: «Kemi», me dejé caer al suelo llorando á lágrima viva; pasaron sobre mí muchas personas, pero no lo he sentido. ¿Tanta era mi felicidad!

Me produjo gran satisfacción el ver á Mattia confiado en mí de tal manera que no creía que pudiese dejarme morir.

CAPÍTULO XXVII.

UNA LECCIÓN DE MÚSICA.

Conquistó numerosos amigos en la mina. La participación en las mismas angustias une los corazones; se sufre, se espera y se forma un solo ser de varios que corren igual peligro.

El tío Gaspar, y particularmente el *magister*, me habían cobrado sumo afecto, y aunque el ingeniero no participó de nuestra camaradería, me quiso como á un niño á quien se arranca de las garras de la muerte. Me invitó para ir á su casa, y delante de su hija hice el relato de lo que nos había sucedido durante nuestro prolongado entierro en el socavon.

Todos los habitantes de Varses querían que me quedase.

— Yo te buscaré un pláquero — me decía el tío Gaspar — y no nos separaremos nunca.

— Si quieres un destino en las oficinas — dijo el ingeniero — yo puedo dártelo.

El tío Gaspar juzgaba muy natural que volviese á la mina, á la que no tardaría él en bajar con ese descuido propio de los que están acostumbrados á desafiarse un peligro; pero yo no me sentía inclinado á recobrar el oficio de arrastrador. Era muy notable una toina, muy curiosa, y me alegraba por haberla visto; pero no me quedaban ganas de volver á pasar catorce días en un socavon.

Con sólo pensar en esto, me ahogaba. Desdichadamente yo no servía para trabajar debajo de tierra; la vida al aire libre, con el cielo sobre la cabeza, áun cuando fuese un cielo cubierto de nubes, se adaptaba mejor á mi carácter. Expliqué esto al tío Gaspar y al *magister*, y mientras el último quedó muy sorprendido, el primero se entristeció mucho al ver mis malas disposiciones para el trabajo en las minas. Carroy, á quien encontré un día, me dijo que era un cobarde.

Respecto del ingeniero, no me valía decir que me disgustaba trabajar en los subterráneos, puesto que me ofreció un destino en las oficinas, destruyéndome si prestaba atención á sus locuciones; preferí decirle toda la verdad, y así lo hice.

— No hablemos más — me dijo; — si te gusta la vida libre y aventurera, sigue tu camino, hijo mío; no tengo derecho para contrariarte.

Así era la verdad, me encantaba la vida al aire libre, y nunca la pude apreciar mejor que durante la estancia en el socavon. No se acostumbraba uno impunemente á ir donde le parece, á hacer lo que quiere, á ser dueño y árbitro de sus acciones.

Mientras se me hacían ofertas para que me quedara en Varses, vi á Mattia sombrío y como preocupado; le pregunté repetidas veces la causa de su tristeza, pero me respondió que estaba como siempre, y solamente cuando le dije que marcharíamos á los tres días me confesó la causa de su melancolía arrojándose en mis brazos.

— ¿Es decir, que yo no me abandonaré? — exclamó.

Al oír esta pregunta, le apliqué un bofetón para enseñarle á que no dudase de mí, y también para neutralizar la emoción que me produjo aquella prueba de amistad.

Este sentimiento y no el interés era lo que le impulsó á hacerme tal pregunta. Mattia no necesitaba de mí para ganarse el sustento, pudiendo él solo atender á todas sus necesidades.

En honor de la verdad, reunía mi camarada condiciones innatas que yo no poseía en el mismo grado. En primer lugar, sabía tocar toda clase de instrumentos, cantar, bailar y desempeñar cuantos papeles se le confiaban. Además, conocía mejor que yo el procedimiento para obligar al «respetable público», como decía Vitalis, á llevarse la mano al bolsillo. Sin más que con su dulce sonrisa, sus tiernos ojos, sus

blancos dientes y su aspecto franco, conmovía los corazones menos sensibles á la generosidad, y sin pedir nada, inspiraba á la gente el deseo de darle; parecía como que los circunstantes gozaban en verle agradables. Tan cierto es esto, que durante su corta expedición con *Capi*, mientras empujaba el wagon en la mina, se había dado maña para reunir diez y ocho francos; cantidad considerable tratándose de de nuestro peculio.

Ciento veintiocho francos que teníamos en caja y los diez y ocho ganados por Mattia componían un total de ciento cuarenta y seis francos; no nos faltaban más que cuatro para comprar la vaca del príncipe.

Aunque no quería trabajar en las minas, salí de Varses con el alma entristecida, pues tuve que separarme de Alexis, del tío Gaspar y del *magister*; pero seguí invariable mi destino, que me condenaba á abandonar á todos aquellos con quienes me unían lazos de cariño.

¡Adelante!

¡Llenos de nuevo con el arpa al hombro, al zutón á la espalda, marchando por las carreteras, en cuyo polvo se revolcaba *Capi*.

Confieso que al salir de Varses experimenté un sentimiento de satisfacción cuando golpeé con los pies el duro arrecife del camino, que resonaba de un modo muy diferente al fangoso gielo de la mina. ¡Cuán hermosos me parecían el sol y los árboles!

Antes de emprender la marcha habíamos discutido Mattia y yo nuestro itinerario con toda calma, pues le había enseñado á orientarse en los mapas y yo no creía que las distancias son más largas para las piernas al andar un camino que para el dedo al pasar sobre el mapa de una población á otra. Después de meditar y reflexionar mucho nos decidimos á seguir directamente hácia Ússel y desde aquí á Chavanon, pasando por Clermont, lo cual no alargaría demasiado nuestra ruta, proporcionándonos la ventaja de sacar partido de los establecimientos de baños, llenos á la sazón de enfermos: Saint-Nectaire, Mont-Dordé, Royat y Bourbonl. Mientras yo estuve en la mina, encontró Mattia en una de sus excursiones un domador de osos que se dirigía á dichos baños, donde, según aseguraba, se podía ganar dinero. Mattia deseaba ganar, creyendo que con ciento cincuenta francos no había bastante para comprar una vaca. Cuanto más dinero tuviéramos más hermosa sería, y cuanto mejor fuera más contento había de causar á la tía Barberin y mayor sería nuestra satisfacción.

Era necesario emprender la marcha hácia Clermont.

Cuando vinimos desde París á Varses comencé la educación de Mattia, enseñándole á leer y los primeros elementos de la música; de Varses á Clermont continué mis lecciones.

Ya porque no fuese buen maestro, lo cual es muy posible, ó porque él no fuera buen discípulo, lo que es posible también, resultó que los progresos en la lectura fueron sumamente lentos, como ya he dicho.

Por más que Mattia se aplicaba sin quitar la vista

del libro, leía mil cosas fantásticas que hablaban más alto en favor de su imaginación que de su atención.

Algunas veces me enfadaba, y dando golpes en el libro decía con acento colérico que tenía la cabeza demasiado dura.

Él me miraba con sus grandes y dulces ojos, y se sonreía, diciendo:

— Es verdad, no la tengo blanda más que cuando me pegan en ella; Garofoli, que no era tanto, lo conoció en seguida.

Era imposible seguir enojado al oír aquella respuesta. Me echaba á reír y continuaba la lección.

Respecto de la música no sucedió lo mismo; desde el principio observé que Mattia realizaba notables progresos y no tardó en ponerme en apuros con sus preguntas. Más de una vez me intercégué, sin que yo supiera cómo le había de contestar.

Confieso que esto mortificaba mi amor propio, pues tomaba en serio mi papel de profesor y me parecías humillante que mi discípulo me dirigiese preguntas á las que no sabía responder.

Y no se quedaba corto cuando empezaba:

— ¿Por qué no se escribe la música en la misma llave?

— ¿Por qué se emplean los sostenidos al subir y los bemoles al bajar?

— ¿Por qué el primer compás y el último no contienen siempre el número regular de tiempos?

— ¿Por qué se afirma el violín sobre ciertas notas y sobre otras no?

Á esta última pregunta contesté dignamente, diciendo que el violín no era mi instrumento y que nunca me había ocupado en saber cómo se le debía afirmar. Nada me replicó Mattia.

Pero este modo de salir del apuro no era admisible tratándose de claves ó de bemoles; esto se refería á la música, exclusivamente á la música, á la teoría musical; yo era profesor de música, profesor de solfeo, y tenía obligación de responder; de lo contrario perdía mi autoridad y mi prestigio, y yo era muy celoso de conservar estas dos cualidades.

En tales casos hacía lo que el tío Gaspar cuando al preguntarle que era el carbon de piedra, me respondía con gran seguridad: «Es carbon que se encuentra en la tierra.»

Casi con igual seguridad contestaba yo á Mattia cuando no sabía qué responderle:

— Esto es así porque así debe ser; es una ley.

Mattia no tenía carácter para sublevarse ante una ley; únicamente me miraba abriendo la boca y arquesando las cejas de tal modo que no me hacía concebir alta idea de mi mismo.

Á los tres días de haber salido de Varses me hizo una pregunta de esta naturaleza. En vez de responderle: «No lo sé, dije oablemente; «Porque así debe ser.»

Observé que le preocupó aquella respuesta, y en todo el día no pude hacerle hablar una palabra, cosa extraña en él, que siempre estaba dispuesto á charlar y á reír. Tanto insistí que acabé por hacerle hablar.

— Seguramente — me dijo — eres un buen profe-

cor, y creo que nadie me hubiera enseñado como tú lo que yo sé; pero...

Al llegar aquí se detuvo.

— ¿Pero qué? Sigue.

— Pero acaso haya muchas cosas que tú no conoces; esto les sucede á los sábios, ¿no es verdad? Por eso cuando tú me respondes: «Estará así porque así debe ser», yo pienso que habrá otras razones que no puedes darme porque no te las has dado á ti mismo. Discurriendo de este modo me he dicho que si tú quisieras pudríamos comprar, si no cuesta mucho dinero, un libro que explique los principios de la música.

— Es muy justo.

— Seguro estaba yo de que no te parecería mala mi idea, porque al fin y al cabo tú no puedes saber todo lo que contienen los libros, puesto que no has estudiado en ellos.

— Un buen maestro vale más que el mejor libro.

— Eso que dices me abre camino para hablarte de una cosa; si te parece bien iré á tomar una lección de un verdadero maestro, una sola, y quizás en ella me diga todo lo que ignoro.

— ¿Por qué no has ido á casa de un verdadero maestro cuando estabas solo?

— Porque los verdaderos maestros se hacen pagar muy caras las lecciones y no he querido tomar de tu dinero el precio de la lección.

Al hablarle Mattia de un verdadero maestro sentía hecho mi amor propio; pero no pude oponer á sus últimas palabras una vanidad estúpida.

— Eres un muchacho excelente — le dije; — mi dinero es tuyo puesto que le ganas mejor que yo muchas veces; toma las lecciones que quieras, yo también las tomaré contigo.

Luégo añadí esta leal confesión de mi ignorancia:

— De esta manera aprenderé lo que desconozco.

El verdadero maestro que necesitábamos no era un maestro de pueblo, sino un artista, un gran artista de esos que no se encuentran más que en las grandes capitales. Según el mapa, la ciudad más importante que se encuentra antes de llegar á Clermont es Mende, ¿pero tendría la importancia que le concedían los signos geográficos? Lo ignoraba; pero como el tipo de letra con que su nombre estaba escrito en el mapa le hacía aparecer importante, tenía que darle crédito.

Quedó resuelto que haríamos en Mende el enorme gasto de una lección de música, pues aunque nuestros ingresos eran menos que medianos en aquellas tristes montañas de Lozère, cuyas poblaciones son pobres y escasas, no quisé retrasar por más tiempo la satisfacción de Mattia.

Después de cruzar en toda su amplitud el páramo de Méjean, que es el país más triste del mundo, sin árboles, sin agua, sin cultivo, sin poblaciones, sin habitantes y sin todo eso que constituye la vida, pero con inmensas y melancólicas soledades que sólo pueden tener atractivo para los que viajan rápidamente en coche, llegamos á Mende.

Era ya de noche cuando entramos en la ciudad y no pudimos, naturalmente, recibir entonces la

lección; además estábamos rendidos de cansancio.

Tales eran los deseos de Mattia por saber si Mende, que no le pareció una población tan notable como yo le dije, poseía algún maestro de música, que, mientras comíamos pregunté á la dueña de la posada en que nos albergábamos si habría en la ciudad un buen músico que nos diera lecciones.

La buena mujer se quedó muy sorprendida al oír aquella pregunta, ¿Sería posible que no conociésemos á M. Espinassous?

— Venimos de muy lejos — le contesté.

— ¿De dónde?

— De Italia — respondió Mattia.

Entonces se disipó su asombro y se creyó muy natural que, viniendo de un país tan lejano, no tuviéramos noticias de M. Espinassous; pero si llegásemos únicamente de Lyon ó de Marsella no hubiera seguido respondiendo á personas tan mal educadas que nunca han oído hablar de M. Espinassous.

— Me parece que hemos tenido suerte — dije á Mattia hablando en italiano.

Iumináronse los ojos de mi asociado. Seguramente iba á ser M. Espinassous el que contestaría en el momento á todas sus preguntas; no sería el quien tuviera dificultades para explicarle cuál era la razón de que se empujaban los sostenidos al subir y los bemolés al bajar.

Sin embargo, me asaltó un temor muy natural: ¿consentiría un artista tan célebre en dar lección á unos pobres músicos?

— ¿Tiene mucho que hacer, M. Espinassous? — dije.

— ¡Oh, sí! está muy ocupado; ¿cómo no había de estarlo?

— ¿Creeis que podrá recibirnos mañana temprano?

— Seguramente, porque recibe á todo el mundo.... cuando lleva dinero en el bolsillo.

Así lo comprendíamos nosotros; esto nos tranquilizó, y ántes de dormirnos discutimos ampliamente, á pesar del cansancio, todas las cuestiones que habíamos de someter al talento del ilustre profesor.

Después de vestirnos con cuidado, es decir, con limpieza, que era lo único que podíamos permitirnos, pues no teníamos otra ropa que la contenida en nuestros zurrones, tomamos los instrumentos, Mattia su violín y yo mi arpa, dirigiéndonos en seguida á casa de M. Espinassous. Como de costumbre, quisé venir *Capi* con nosotros, pero le dejamos atado en la cuadra de la posada, pareciéndonos que no era decente presentar un perro en casa del célebre músico de Mende.

Cuando llegamos delante de la casa que, según nos dijeron era la del profesor, creímos que nos habíamos equivocado, pues en la fachada de la misma se balanceaban á impulso del viento dos vacas de cobre, objetos que nunca han servido de muestra á un profesor de música.

Mientras mirábamos la portada, que tenía todo el aspecto de la de un barbero, pasó un transeunte cerca de nosotros y le detuvimos para rogarle nos dijera dónde vivía M. Espinassous.

— Ahí — respondió señalándonos la tienda del barbero.

Bien pensado, ¿qué inconveniente había en que un profesor de música viviese en casa de un barbero?

Entramos. La tienda estaba dividida en dos compartimentos iguales: en el de la derecha y sobre unas mesas veíase multitud de brochas, peines, botes de pomada y jabones; en el de la izquierda y sobre una especie de mostrador arrimado á la pared, había una porción de violines, flütes, flautas y cornetines de piston.

— ¿Vive aquí M. Espinassous — preguntó Mattia. Un hombre de pequeña estatura, de aspecto vivo e impaciente como un pájaro, que estaba dispeniéndose á afeitár á un campesino, respondió con voz de bajo atenuado:

— Yo soy.

Miré á Mattia con el rabillo del ojo, como diciéndole que el barbero-músico no era el hombre que debía darnos la lección tan deseada y que dirigiéndonos



¿Vive aquí M. Espinassous?

á él echaríamos el dinero por la ventana; pero en vez de entender lo que le indicaba, y lejos de obedecerme, aceró Mattia un sillón y con aire decidido se sentó en él.

— ¿Queréis cortarme el pelo cuando hayais acabado de afeitár á este señor? — dijo.

— Con mucho gusto, jovencito; y también podré afeitáros si queréis.

— Muchas gracias — dijo Mattia — hoy no, cuando pase por aquí otra vez.

Yo estaba asombrado al ver la seguridad con que hablaba Mattia, el cual me dirigió una mirada, así como al descuido, para decirme que esperase un momento ántes de enfadarme.

En cuanto acabó Espinassous de hacer la barba al campesino, se dispuso, con el peine en mano á cortar el pelo á Mattia.

— Señor — dijo mi compañero, mientras le ataban el paño al rededor del cuello — este amigo y yo tenemos una discusión entablada, y como sabemos que sois un músico famoso, estamos seguros de que nos diréis vuestra opinión acerca de lo que dudamos.

— Decídmelo, pues, lo que dudáis.

Empecé á comprender cuál era el objeto de Mattia: trataba de saber primeramente si el peluquero-músico sería capaz de responder á sus preguntas, y luego si, en el caso de que éstas fuesen satisfactorias, quería dar su lección de música mediante el precio de un corte de pelo; decididamente era muy listo Mattia.

— ¿Por qué — preguntó éste — se afina un violín con arreglo á determinadas notas y no con arreglo á otras?

Creí que aquel peluquero, que justamente se disponía á introducir el peine en la cabellera de Mattia, iba á darle una respuesta del género de las mías, y ya empezaba á reírse para mis adentros, cuando tomó la palabra:

— La segunda cuerda de la izquierda del instrumento debe dar el *la* con arreglo al diapason normal, porque es preciso que las demás cuerdas estén afinadas de modo que den las notas de quinta en quinta, es decir, *sol* la cuarta cuerda, *re* la tercera, *la* la segunda, y *mi* la primera ó *prima*.

No fui yo quien se echó á reír, sino Mattia; ¿se burlaba del asombro retratado en mi cara, ó se reía de satisfacción al saber lo que deseaba? El caso era que reía como un loco.

Mientras le cortaron el pelo no cesó de hacer pregunta sobre pregunta, y á todas respondía el barbero con la misma facilidad y con igual firmeza que para el violín.

Pero después de haber contestado, empezó por su parte á preguntar y no tardó en conocer el objeto que nos había llevado á su casa.

Al saberlo se echó á reír de buena gana.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Algun tiempo antes del alumbramiento, pretextando restablecer su quebrantada salud, fué conducida la jóven á un pueblo de la provincia, de escaso vecindario, y distante de Algeciras. En él dió á luz á Clotilde, que fué puesta en ama, y llevada á otra población....

Todo se hizo con tal cautela y misterio que ni á las personas más allegadas á los Ballesta pudieron traslucir aquella triste historia.

IV.

Algunos dias despues la desventurada madre apareció muerta una mañana en su lecho.

¿Atendió contra en vida? ¿La mató el pesar? Cosa es ésta que no ha podido averiguarse. Don Baltasar rehuý toda clase de investigaciones judiciales y facultativas, á fin de que no se descubriese el estado de aquella infeliz criatura.

Cierta dia ocurriósele al *inglés* preguntar, indiferentemente, por la que fué objeto y víctima de sus pérdidas amañados; le respondieron que algun tiempo ántes gravísima enfermedad la habia llevado al sepulcro, y... ¡John Crósbow no volvió á acordarse más de ella!

Ya en otra ocasion he dicho cuánto mortificaba á este hombre de humor atrabiliario no tener hijos de su matrimonio, y ver cómo se ufanaba del suyo su hermano Baltasar. Creció, entre tanto, Clotilde, y tan luego tuvo diez y seis años de edad, despues de haber recibido una brillante educacion, instalóse en casa de Ballesta como ama de llaves, recomendada á don Baltasar por un amigo de éste; así, á lo ménos, se hizo conocer á todo el mundo.

Por lo demas, el anciano marino y don Félix considerábanla, respectivamente, como la más amada de las hijas, como la más adorable de las hermanas. Nadie, fuera de ellos, conocía el secreto origen de la jóven; ella misma lo ignoraba, pues creia, segun le habian manifestado, que era una pobre huérfana recogida por don Baltasar en sus más tiernos años.

Por esta causa, en las conversaciones, como bien recordará el lector, habidas entre el capitán Ballesta y Clotilde en los primeros capítulos de esta historia, cuando la última, indignada por el bastardo proceder del gibraltareño iba á prorumpir contra él en duras palabras, don Félix le impedía terminar la frase, temiendo que de sus labios saliera algo agresivo contra el autor de sus dias, porque, al fin, Mr. Crósbow

era su padre, y á pesar de sus tachas debíale respeto.

CAPÍTULO IX.

QUIEN Á HIERRO MATA.... — LA CATÁSTROFE DEL «GIBRALTAR.» — LA FIEBRE DEL ORO. — JUGANDO AL CANÉ. — LOS VERDADEROS HÉROES.

I.

Mal precedente es que la insubordinacion llegue á desarrollarse entre los tripulantes de un buque; raras veces logra el capitán traerlos despues á la obediencia rota la disciplina; falsado á bordo el principio de autoridad, fácilmente, por el número, se imponen los marineros á sus jefes superiores.

El capitán del *Great-Britain*, con sutil maquiavelismo soliviantó el espíritu de sus subordinados contra la digna persona del oficial irlandés, sin advertir que al par que echaba por tierra la autoridad de éste, socavaba tambien los cimientos de la suya.

Hábilmente explotadas las pasiones de la marina, cuyos individuos, en su mayor parte, eran lo peor de cada casa, como en su oportunidad manifestó, no sólo desconoció ésta la representacion oficial de Mr. Francis O'Donnell, sino que, pasando á vías de hecho, le atropelló indignamente.

El capitán *inglés* tardó poco en recoger el fruto de sus odiosos procederes, pues, como dice el popular axioma «quien siembra vientos cosecha tempestades.»

Para justificar, por sí lo necesitaba algun dia, su actitud contraria á aquel hecho criminal, mandó meter en barras, como principales instigadores y perpetradores, á los que más se distinguieron en la revuelta; pero los camaradas de éstos opusieron en formas tan tumultuarias y amenazadoras al cumplimiento de aquella orden, que John Crósbow, á pesar de su energia, hubo de ceder entonces á fuerza mayor, si bien protestando del acto de violencia que con esto se realizaba.

Su prestigio, su influencia, su autoridad, fueron heridas de muerte desde aquel instante. Y no fué esto lo peor, sino que aquel espíritu de indisciplina trascendió rápidamente á los marineros del *Gibraltar*, los cuales, amotinándose en masa algunos dias despues, obligaron á su capitán Mr. Lewis Fox á ponerse al frente de una comision que pasase á bordo del *Great-Britain* á exponer sus descos y sus propósitos al jefe de la expedicion.

Lo que pretendian los amotinados podía conere-

tarse á las siguientes proposiciones: 1.^o Que perteneciendo ellos á la marina mercante, no á la de guerra, rehusaban desde luego combatir, colonizar, ni hacer más de lo hasta entonces realizado. 2.^o Que daban por terminado su cometido con el descubrimiento y la toma de posesión de aquel nuevo continente, dejando á sucesivas expediciones el honor de continuar su obra. Y 3.^o Que habían decidido, de grado ó por fuerza, hacer rumbo á Europa, tan luego recogiese cada uno de ellos cuanto oro y piedras preciosas pudiese llevar consigo, y que la partida tendría efecto antes que terminase la estación de verano en aquellas altas latitudes.

Juan Ballesta dió la más terminante negativa á las manifestaciones de los comisionados. Volvieron éstos á bordo del *Gibraltar*, y al tener noticia sus tripulantes de las respuestas del jefe de la expedición, declaráronse en abierta hostilidad; se reunieron en corrillos sobre el puente; abandonaron la maniobra y enférgáronse, por último, á toda clase de vociferaciones y amenazas.

II.

Sucedía esto precisamente en los momentos en que la dotación de un buque debe estar atenta al mandato de sus oficiales, para practicar las maniobras que se le ordenan. Doblában el *Great-Britain* y el *Gibraltar* el promontorio que se elevaba al N. de la anchurosa bahía en que recalcaron despues, como en precedente capítulo se ha visto, los buques de la escuadrilla española.

En vano Mr. Lewis Fox procuraba desde el puenecillo hacerse oír de los amotinados para que volvieran al cumplimiento de sus deberes; la desenfrenada clostina respondía á sus excitaciones con nuevos gritos é invocaba en los que agotaba el vocabulario de su fraseología especial.

La sedición, al calor de las palabras, parecía bullir, agitarse, crecer como la esponja. La embarcación, entre tanto, avanzaba á media máquina por la bahía.

Hacia la banda de estribor del *Gibraltar* y á la distancia de un cable veíanse á flor de agua peligrosos arrecifes y escollos.

Algunos marineros, de mejor voluntad que el resto de los amotinados, ó temerosos de los peligros que en aquel momento podía correr la embarcación, quisieron dirigirse á proa para preparar las anclas y sus respectivas cadenas, sondar el fondo de la bahía al par que el buque avanzaba, disponer las chalupas para botadas al mar.... Pero sus buenos deseos estrelláronse ante la actitud de sus camaradas, que les impidieron llevar á cabo su propósito.

El capitán Fox quiso pedir auxilio al *Great-Britain* haciendo funcionar el telegrafo de señales; mas ninguno de aquellos hombres hubiéra secundado sus intentos. Bien al contrario, oyó circular entre ellos frases enigmáticas.... ¡Querían hacerse dueños del buque! Esta idea, pasando de unos á otros, tomaba forma, adquiría cuerpo. Quizás ántes de mucho se habría convertido en hecho consumado y yacerían

ahorrajados en la cala los oficiales y cuantos manifestaran alguna oposición.

Descabellada era, si se quiere, la intención; pero ¡á cuántas otras se aventurarán los hombres con ménos probabilidades de éxito! El de aquella empresa no ofrecía más contrariedades que las que pudiera oponer Mr. Crossbow con su buque. Sin embargo, los marineros del *Gibraltar* contaban, y no iban ciertamente desanimados, con que muchos de sus camaradas del *Great-Britain* simpatizarían con sus propósitos y esperanzas.

Trascurrían, mientras tanto, los minutos con terrible lentitud para Mr. Lewis Fox y sus oficiales. El pensamiento de poseerse del buque halló fácil acogida en todos los cerebros; sólo faltaba darle forma, hacerle viable y proceder á su realización.

Ya las miradas de los revoltosos buscaban á sus oficiales con aviesos fines; ya de sus enronquecidas gargantas se aprestaban á salir gritos de muerte, cuando súbitamente, á causa de un violentísimo choque experimentado por el buque, redaron algunos de ellos sobre cubierta.

— ¡El barco ha encallado! ¡Estamos perdidos! ¡Al agua los botes! ¡Pidamos auxilio al *Great-Britain*!

Estas y otras frases de angustia y desesperación, formando espantable conjunto, dejáronse oír por todas partes. El *Gibraltar* había embarrancado de proa en los escollos que un momento ántes tenía á estribor.

Algunos de los sublevados, como si de repente un mismo pensamiento germinara en sus cabezas, encamináronse á la casilla del timonel.... Delante de ella encontrábase, sereno é imposible, á Mr. Lewis Fox, armada la diestra de un revólver y dispuesto á vender cara su vida. Su escasa estatura parecía agigantarse y dominar en aquel momento á sus adversarios.

El digno capitán inglés ántes que entregar el buque al levantisco y amotinado equipaje, hizo encallar en los bajos que tenía á la vista. Cumplió como un valiente con su deber de capitán.

Aprovechándose de la excitación que embargaba á los sediciosos, bajó del puenecillo, corrió á la caseta de los timonales, impúsose á éstos revólver en mano é hizo variar el rumbo.... Algunos momentos despues chocaba violentamente en las rocas el *Gibraltar* y abríase en sus fondos una enorme vía de agua.

III.

El capitán Crossbow comisionó á su satélite Williams para que hiciese el enganche de los hombres que habían de tripular sus buques, y aquel maligno bebedor de ginebra escogió, como era natural, marineros de su misma calaña; esto es, desalmados y perdidos.

Los equipajes de las dos embarcaciones españolas componíanse, según he dicho otras veces, de hombres cuidadosamente reclutados y áfectos, en su mayor número, al capitán Ballesta. Pero, á pesar de sus buenas condiciones, también el ansia de allegar riquezas, de que tan poco trabajo les costaba apoderarse, puesta que se hallaban por donde quiera en la

dores de la verdad, que sin méritos morales de poco ó nada nos sirven los laureles obtenidos por las armas, el lustre de noble cuna, ó el enardecido blason de casa solariega. La virtud, la honradez y el talento son las únicas condiciones que pueden hacernos felices y empujar nuestro nombre sobre los demás seres de nuestra especie.

— ¡ Esa es la hija ! ¡ Cabal ! — exclamó entusiasmado *Cerga-juanetes*.

Como se ve, el *magister* de á honda mudaba fácilmente de opiniones. En cuanto al señor Poey, tenía cuerda para rato; afirmóse las gafas en la enervada nariz, y continuó:

— Un humilde mercader hospedó cierto día en su casa al emperador y rey de dos mundos Carlos V. Pertenece el primero á una clase mirada entonces con sumo desden por los que, á causa de sus pergaminos y títulos nobiliarios, se consideraban formados de más pura materia que los demás hombres: era el segundo la más viva y relevante personificación de todas las inmunidades y privilegios aristocráticos: pues bien, el primero, con una grandeza de espíritu á que no llegó el segundo en muchas de sus empresas, salió antiguas cuentas con el Emperador encendiendo delante de él un haz de cañela con billetes de cincuenta mil ducados que le era en deber aquel monarca. Probablemente Carlos V no comprendió nunca cómo pudo tener un plebeyo elevación de ánimo y de uñas para darle aquella elocuentísima lección. Hasta hace poco tiempo, rodeada del esplendor de la gloria que, en aras de su vegeada le habían tributado los hombres de las pasadas edades, vivía la memoria de Alejandro el Macedonio descollando gigante y como adornada sobre el pedestal de sus inmarcesibles glorias. Este andaz guerrero, que á los veinte años de edad conquistó la Tracia y la Efliria; que sometió la Grecia y toda el Asia Menor á su poder; que avasalló la Judea, el Egipto y toda la Persia; que llevó sus armas, victoriosas siempre, hasta la Libia, en donde se hizo declarar dios por el oráculo de Júpiter Ammon, y que, como á tal, se le ofreciese culto; este famoso conquistador, repito, perdió en nuestra época el intonso renombre que su fortuna, más que sus victorias y arriesgadas empresas, le habían granjeado en los fastos de la Historia. Hoy se le hace cumplida justicia, otorgándole lo que merece.

— Conque — exclamó á la sazón Ambrosio interrumpiendo al sabio — conque ese caballero, llamado Alejandro, se permitió hacerse dios, y que le echaban incienso, y que le dijera misas..... ¿ Pero..... fué verdaderamente dios ?

— Si, buen viejo; fué dios de la imbecilidad y la adulación humanas; fué dios como tantos otros que lia adorado y aun adora el hombre. Prosigo mi discurso: rectifícas las ideas que sobre la gloria y la importancia del hombre tenía la humanidad en las pasadas edades, estamos ya íntimamente persuadidos que sólo á los que han sido útiles en algun sentido á la colectividad humana debemos admisión y respeto. Á la muerte de Alejandro repartieron sus generales los inmensos dominios que aquél poseía, y esto dió origen á portadas y terribles contiendas que hi-

cieron innumerables víctimas, además de las que en las conquistas del monarca macedonio perecieron. Sangre, luto y devastación produjo á la tierra el tránsito por ella de Alejandro. La Historia, con amante desvelo, con maternal solicitud, nos ha conservado los hechos, las conquistas, los triunfos de áquel griego, que constituyen sus mal llamadas glorias; en cambio, no ha salvado del olvido ni aun el nombre del inventor del arado, pues las vagas conjeturas que sobre esto poseemos se pierden en la inmensa noche de los antiguos tiempos. Flavio Gioya, inventando la brújula por los años 1302; Gutenberg concibiendo la imprenta; Thales de Mileto enseñando á los griegos las primeras nociones de la geometría; Guillermo Harvey haciendo el descubrimiento de la circulación de la sangre; el beneditino Pedro Ponce de Leon creando un admirable sistema para instruir á los sordo-mudos, y otros muchos benefactores de la humanidad, cuyos nombres omito por no extenderme demasiado, fueron más útiles á sus semejantes en su modesta posición, y se hicieron más dignos de gloria y alabanza que Alejandro el Grande, Napoleón I y Carlos XII. La humanidad agradecida conservará siempre vivo en su memoria el recuerdo feliz de aquellos hombres que hicieron algun bien al mundo, y dará al olvido á los que han cimentado sus glorias en ensangrentarle y destruirle. He dicho.

Y el digno doctor Poey volvió entonces la espalda á sus oyentes, y, paso entre paso, se alejó de allí, alegre y vivaracho como en todos los instantes de su vida.

CAPÍTULO X.

EXTRAÑA DESAPARICION.—PERDIDA AL PASEO EN LOS BOSQUES.—BUSCANDO Á CLOTILDE.

I.

Las obras del fuerte estaban próximas á terminarse; corrían los últimos dias de Enero de 1851, y había muy pocos que la valerosa mujer del capitán Ballesta, curada de su herida, aunque en la convalecencia aún, daba todas las tardes un paseo, según prescribiera el doctor, por los alrededores del fortificado establecimiento.

Acompañada siempre en estas higiénicas excursiones su esposa, y á falta de éste, si los deberes de su cargo se la impedían, algunos de los oficiales de á bordo. El día á que hago referencia iba acompañada del contramaestre y de *Urdemalas*.

Hubo ya largo espacio de tiempo que habían salido del fuerte, y aún no estaban de vuelta ni se oían, como otras veces, los alegres ladridos del perro cuando regresaban del cotidiano paseo. La tardanza de aquella tarde traía ya inquieto y desasossegado á don Félix; no sabía qué pensar de ella.

Sin embargo, resolvió esperar algunos momentos.... Pasó media hora, una despues, y la joven no volvía. Con tal motivo alarmáronse todas en el fuerte; el capitán tenía alguna desgracia, y por su orden varios marineros, y él mismo con el doctor, puséronse á buscarla por las inmediaciones del establecimiento.

Sus pesquisas víéronse completamente defraudadas.

das; ni el menor rastro ni el más leve indicio pudo hallarse acerca de Clotilde y de su honrado acompañante. El suceso era por demás extraño; *Borrasca* iba armado, y hubiera disparado su carabina al más pequeño asomo de peligro....

Cien y cien conjeturas ó hipótesis, más ó menos

verosímiles, formulábanse por todos para explicar lo que era verdaderamente inexplicable.

La más viva consternación se pintaba en todas las fisonomías. El capitán Ballasta, silencioso, abatido, ensimismado, apenas contestaba á las preguntas que le dirigian; su dolor, no por ser mundo, parecía mé-



Para la dirección de estas huchas siguen opuesto camino al que traseen....

nos violento y apasionado que el que se entrega á exaltadas lamentaciones y arrebatos.

No era posible que la jóven y el prudente *Borrasca* se hubiesen alejado á gran distancia del campamento, pues la proximidad de los ingleses exigía toda clase de precauciones.... Esto no lo ignoraba Clotilde, y mucho ménos el contramaestre. ¿Adónde, pues, ir á buscarlos? ¿Qué habría sido de ellos? ¿De qué desgraciado accidente pudieron ser víctima?

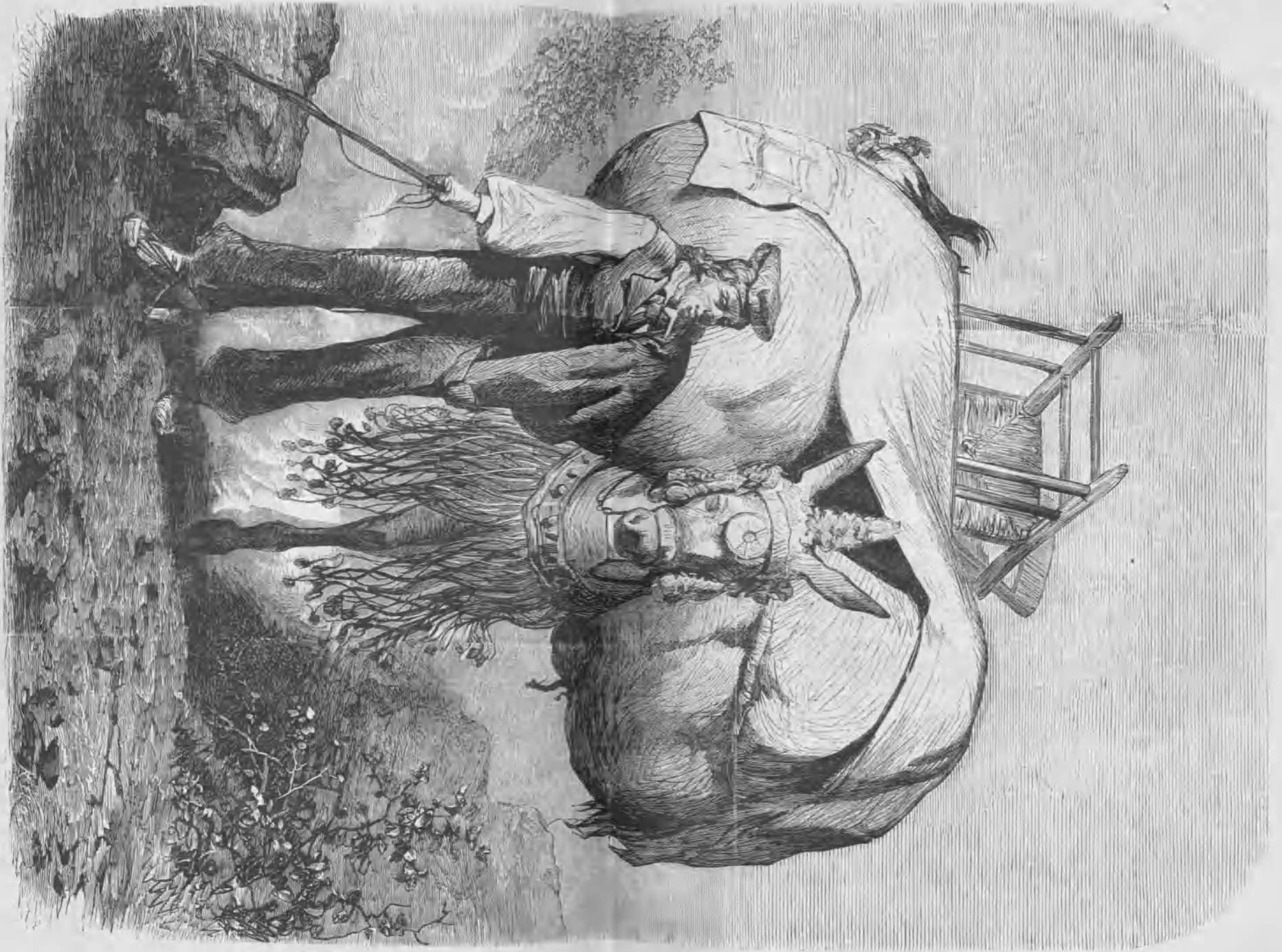
II.

Cuatro días despues caminaban por en medio de espesos é interminables bosques dos hombres, al parecer: y me expreso así porque uno de ellos, aunque

llevaba ropa masculina, era una mujer en carne y hueso; era la honrada esposa de Félix Ballesta. Delante de ella marchaba, abriendo camino, el bravo contramaestre....

Clotilde, á consecuencia de su herida, habia perdido algunas carnes; esta delgadez daba mayor elegancia á sus formas bajo el traje de hombre. Esto aparte, tanto ella como *Borrasca* parecían extenuados, rendidos de cansancio y fatiga. Apoyábanse en fuertes garroses y andaban penosamente.... La palidez, el demacrado semblante de los dos indicaban á las claras que algo grave y excepcional les ocurría.

—¿No calculais, *Borrasca*, á qué distancia estamos



UN ARRIERO CATALAN.

del fuerte?—preguntó en aquel instante á su compañero la afligida esposa.

—Nada puedo aseguraros, señor Clotilde; he perdido la brújula por completo en estas intrincadas selvas. ¡Válgame San Telmo! Sin embargo, me parece que seguimos buena dirección.... y tal vez ántes de mucho....

—¡Ah! no puedo más, *Borrasca*. Temo que pronto me abandonen las fuerzas....

—¡San Telmo me valga! ¡Ánimo, señora! Pronto quizás tropezaremos con los que hayan salido en busca nuestra.

—Si no es que otra vez caemos en las manos de nuestros enemigos y persiguidores....



¡Busca, *Urdemalas*! ¡busca á la capitana! ¡busca! ¡busca!

—¡Cá! no, señora, no; estamos ya muy distantes de ese puerto de piratas....

Y el bueno del contramaestre, al hablar así, procuraba llevar al ánimo de Clotilde ciertas esperanzas en las que ninguna fe, por su parte, tenía.

—¡Cielos!—exclamó de pronto la joven,

—¿Qué os sucede, señora?—dijo *Borrasca* aproximándose.

—Ved, amigo mío; ved en medio de la hierba, un ese pequeño claro en que el suelo parece húmedo, aparecen impresas en él las huellas de un felino....

—¡Válgame San Telmo, señora! ¡Es verdad, es verdad! Y yo juraría que pertenecen á un perro, y que ese perro es nuestro *Urdemalas*....

—Pero la dirección de estas huellas siguen opuesto camino al que vamos.

—Y á continuar de ese modo ¡San Telmo me valga! no llegaremos á encontrarlos jamás.... Es decir.... me he equivocado. Quizás ántes de lo que creemos darán con nosotros, y entónces....

—¡Ah, buen amigo mío! disimulais por no afligirme.

(Se continuará.)

UN ARRIERO CATALAN.

No hace aún muchos años que la arriera daba en España ocupación á multitud de personas que tenían por oficio la conducción de viajeros, enseres particulares, correspondencia en muchos puntos, y además del tráfico mercantil, principalmente á pequeñas distancias entre las poblaciones del campo y las capitales. El establecimiento de diligencias, la construcción de carreteras, ferrocarriles y caminos vecinales, que tanto impulso ha recibido de algunos años á esta parte, facilitando las comunicaciones y abaratando el precio de los portes, han ido reduciendo extraordinariamente el número de arrieros, que en cada provincia formaban un tipo especial. Uno de los grabados adjuntos, original de D. Joaquín Vayreda, representa al arriero catalan tal como lo vemos hoy día, y cuyo traje se conserva sin notable alteración en su tradicional aspecto.

CAPILLA DE SAN ISIDRO.

Pocos son, á la verdad, los recuerdos históricos que la villa de Madrid posee, y en muy corto número los monumentos que conserva anteriores al advenimiento de la casa de Borbon al trono de España. El mal gusto que á todas las clases de la sociedad dominó durante el siglo XVII, y en la primera mitad del siguiente, no ménos que el ciego exclusivismo de los profesores de Nobles Artes, y de los inteligentes en ellas que vivieron en la segunda mitad del siglo XVII, ocasionaron daños incalculables, destruyendo obras notables cuyo mérito no podían comprender los señores del Vignola, para quienes la arquitectura gótica, ó ses gótica, como entonces la denominaban, era bárbara, y la romano-bizantina de todo punto desconocida.

Algunas columnas del período podríamos ocupar dando extensos y bien deplorables datos de los primorosos monumentos sepulcrales, reducidos á polvo por los arquitectos ignorantes de los siglos XVII y XVIII, en tantas y tan destructoras modificaciones llevadas á efecto sin crítica ni conocimiento.

La iglesia de San Francisco estaba engrandecida con veintidos sepulcros, en los que, orantes en unos y yacentes en otros; había estatuas.

La iglesia de Santo Domingo del Real, la de San Jerónimo, la capilla de Valvanera y otros templos que contenían asimismo santos sepulcros, de los cuales quedó únicamente memoria en algunas crónicas, si se exceptúa el de la priora doña Constanza de Castilla, nieta del rey D. Pedro, que aún subsiste, como por milagro, en el coro de la ya citada iglesia de Santo Domingo del Real, después de las diversas modificaciones de aquel templo, bien funestas para la historia de las artes. Un templo, sin embargo, hay en Madrid que no solamente conserva gratos recuer-

dos en su corta recinto, sino que lejos de haber experimentado el considerable detrimento que otros en los dos últimos siglos, adquirió mayor importancia en el décimoséptimo por una obra verdaderamente grandiosa, que la piedad de los reyes y la del pueblo de Madrid erigieron al modesto jornalero cuyos heroicas virtudes le colocaron en el catálogo de los santos y en el número de los patronos y protectores del pueblo español.

Hablamos de la parroquia de San Andrés, humilde iglesia sin duda, pero cuyo engrandecimiento constituyó los recuerdos históricos en la misma vinculados, y las dos santuosísimas capillas, que á uno y otro costado de aquélla, y correspondiendo á los puntos Norte y Mediodía de la misma se levantan.

Es la más antigua de las dos capillas la titulada del Obispo, así llamada por haberla dotado y reedificado el Sr. D. Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia. Por su bellísima puerta, por su hermoso retablo mayor, y por los magníficos sepulcros que encierra, es sin duda esta capilla uno de los más santuosos monumentos que hay en Madrid.

En el área que ocupa se levantaba otra capilla antiguamente con la advocación del *Cuerpo de San Isidro*, pues había sido erigida para custodiar, como en efecto en ella fué por espacio de largo tiempo custodiado, el cuerpo del santo labrador, patron de Madrid. Aún existe el arca en que estuvo colocado, y es un objeto doblemente precioso, bajo el aspecto artístico y el histórico, ya por su primitivo destino, ya por hallarse adornada de pinturas que representan pasajes de la vida del Santo, ejecutadas, á lo que parece, en la segunda mitad del siglo XIII.

No disminuyó en Madrid ciertamente en el trascurso de los tiempos el afecto y la veneración á San Isidro, y en el siglo XVII, es decir, quinientos años después de su dichosa muerte, fué en su honor y con todo empeño erigida la grandiosa capilla, cuya perspectiva damos en el presente número.

Consta de dos departamentos, de planta cuadrada el primero, y ochavada el segundo. Consiste la decoración de éste en columnas, y en pilstras de aquél; enriqueciendo las bóvedas en uno y otro, estucos y follajes de buen dibujo y ejecución. Todo el pedestal que corre por los muros es de ricos mármoles, é igualmente las columnas y pilstras con bases y capiteles dorados.

Cuatro grandes cuadros, ejecutados por Francisco de Rizzi y Juan Carroño, adornan la primera estancia, y representan el milagro del pozo que refiere la vida del santo labrador, la batalla de las Navas de Tolosa, San Isidro rompiendo la peña para aplacar la sed del caballero Juan de Vargas, y Alfonso VII reconociendo el cuerpo de San Isidro. Trece cuadros con pasajes de la vida de la Virgen María, pintados por Francisco Caro y Alonso de Arcos, aún subsisten debajo del cornisamento en los intercolumnios de la segunda estancia, de la que desaparecieron en tiempos de Carlos III las diez estatuas de santos labradores que había en la parte inferior de los indicados intercolumnios, sobre los cuales se veían dichas pinturas. Labró estas bellas estatuas el célebre escultor

Manuel Pereira, y hoy se hallan en la iglesia de San Isidro, sita en la calle de Toledo.

Completan el grandioso conjunto de esta regia capilla, el altar colocado en el centro de la segunda es-

tancia, y que por consiguiente presenta cuatro caras, con un arco de medio punto en cada una, decorado por columnas y pilastras de mármoles, con varias figuras y otros adornos de bronce en el cerramiento. Cubre



Capilla de San Isidro, en la parroquia de San Amos de Madrid.

majestuosamente este recinto una alta cúpula muy exornada, y que en el exterior está adornada con diez y seis estatuas de piedra, representando los apóstoles y los evangelistas.

El zócalo, pilastras, cornisamento y una balaustrada que corre sobre estos miembros que forman la de-

coración exterior, son de granito, y en una de las puertas se ve una imagen de la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, hecha por Manuel Pereira.

Empezada á construir esta gran capilla en el reinado de Felipe IV, y terminada en el de Carlos II, manifiesta en los pedestales del interior y en otros miem-

bros, que se dió principio á esta obra con sujecion á la severidad clásica, y fué al fin recargada con adornos de buena ejecucion, sin duda, pero que no podian ser empleados sin caer en desgracia de los partidarios del clasicismo puro. De todos modos es una fábrica magnífica, sólida y bien construida.

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

¿Ómnibus en las plazuelas,
Edictos en las esquinas,
Borracheras en la calle
Y en los matrimonios riñas?...
No hay que preguntar la causa....
Estamos en romería.

Labrador afortunado
Que labraste con tu vida
El altar en que te reza
La córte de dos Castillas,
Permite que, por si acaso
No puedo entrar en la ermita,
Te dibuje en estos versos
De mi cariño la cifra.
Años há que mis cantares
No suenan en tu campiña,
Ni tus frasquetes me alegran,
Ni tu bullicio me incita,
Ni tu placer me conmueve,
Ni tus mujeres me hechizan.
Mas siempre te ven mis ojos
Lucir la gentil ropilla,
Sobre el puente colocado
Que el Manzanáres sulpica,
Cual suele á todo lo grande
Lanzar su baba la envidia.
Siempre de mi dulce infancia
Recordar me haces los días
Y las agradables horas
De mi juventud tranquila,
Que en tu regalado estruendo
Halló cien veces la dicha.
Y siempre tambien, Isidro,
Al fijar en tí la vista,
Del Manzanáres humilde
Sentado en la fresca orilla,
Pienso que ya que sacastes
Agua de la peña viva,
Pudiste dársela al río
Que tanto la necesita,
A fuer de patron insigne
De una ciudad nada limpia.

He llegado á la pradera,
No sin alguna fatiga:
Un pueblo tengo allá enfrente
Y un cementerio aquí arriba.
Humanas olas me empujan,
Contrarias fuerzas me inclinan,
Cercanos gritos me aturden.

Rudos encuentros me irritan.
Los ecos de la locura,
Los rugidos de la orgía,
El huracan que en sí lleva
De cada mortal la vida,
Han ahogado esos rumores
Con que el silencio acarician,
El insecto que se mueve,
El pajarillo que trina,
El arroyo que en la arena
Sus cálidas gotas filtra,
Y esos solemnes quejidos
Que exhala la tierra misma,
Madre amorosa, que acaso
Por sus hijuelos suspira.
De estos ruidosos misterios
Rompen la grata armonía
Voces que fingen lamentos,
Ayes que parecen risas.
— ¡ A ochavito los del Santo !
— ¡ De Fuenlabrá las rosquillas !
— ¡ Por dos reales á la Puerta !
— ¡ A la aguadora y qué rica !
— ¡ Todo barato lo vendo !
— ¿ Quiere V. comprarme, niña ?
— ¡ Maná, ¿ qué son acerolas ?
— ¡ Hombre, mi pito no silba !
Y esto entre mil que te aprietan
Y quinientos que te pisan,
Entre una mujer que sigues
Y un forastero á quien guías,
Entre codazos y ternos
Que los ternos no escatiman....
Héme aquí solo en la altura
Que el sol poniente ilumina,
Mientras flotan en el llano
Del crepúsculo las tintas.
He cruzado pensativo
Entre diversas familias;
Todos comen, pero nadie
Me ha dicho: — Esta boca es mía. —
Ya anochece; en la pradera
Trémulas lúces oscilan;
Ya los rumores se apagan,
Ya las estrellas se animan,
Sobre las aguas del río
Pálida la luna brilla....
Bien haceis los que del goce
Aun apurais la medida;
Bien los que os rendís al sueño
Del placer tras las fatigas,
Porque mañana.... ¡ qué diablo !
Mañana será otro día.

M. DEL PALACIO.

ORIGEN DE LOS ARBOLES FRUTALES.

El *albaricoque* es originario de la Armenia y fué llevado á Roma en tiempo de Augusto, llamán-

dole manzana precoz de la Armenia. Este es el origen que se le atribuye; sin embargo, algunos botánicos le han encontrado en el Piamonte en estado salvaje.

El *almendro* ha venido del Asia ó del Norte del África: es árbol esencialmente meridional: demasiado al Norte muere por las heladas primaverales, y muy al Sur se mantiene constantemente vivo, pero

ANTAÑO.



—¿Viene usted á San Isidro?
 —Nada le importa.
 —¿Y á tomar un merengue?
 —No soy golosa.
 —¡Viva el salero!
 —Vivan todos los tontos,
 Y usted el primero.

sin fructificar. La madera del almendro se parece al palo de rosa; es muy dura y susceptible del más bello pulimento.

El *cerezo* se debe á Lúculo su importación. Después de la conquista del Ponto se encontró en la pequeña ciudad de Cerasonte, de donde le viene el

nombre de cerezo (*ciranium*) y se llevó a Roma.

El *limonero*, según Teofrastos, existía en la Persia desde los tiempos más remotos; de allí se llevó a Grecia y después se propagó por toda Europa.

El *membrillo* fué ya conocido de los antiguos, que le llamaron *cydonio*, porque se cultivaba en la ciudad del mismo nombre, en Creta, dedicando su fruto á la diosa Vénus.

OGAÑO.



— Yo sé que ayer te han visto
Por la pradera.
— Dí que es mentira, Chato.
— Calla, embustera.
— Basta de riñas
Y echarémos un medio
Con estas niñas.

La *higuera* viene del Asia y del Norte de África. Ya la conocieron los hebreos y fué el árbol cultivado con más esmero por los griegos.

El *frambueso*, según los botánicos, procede del monte Ida; pero se encuentra en muchos de nuestros bosques en su estado salvaje.

El *granado* fué llevado á Italia por los romanos despues de la conquista de Cartago, de donde es originario, como indica su nombre, *punica granatum*. Sólo aclimata en los países meridionales.

El *nogal*, segun Teofrastos, viene de la Persia. Los griegos le habian consagrado á Júpiter, y de ahí su nombre en botánica *juglans*.

El *olivo* es originario de Asia, y crece espontáneamente en el Norte de África. La tradicion atribuye á los focios su importación.

El *naranja* tiene por patria primera á la China y la India; en esto todos están de acuerdo, pero hay diversas opiniones sobre la época de su introduccion. Unos la atribuyen al misionero Carpín, en 1247; otros á Rubruquis, enviado del rey San Luis, y otros, en fin, á Marco Polo, el viajero veneciano. Algunos pretenden que fué llevado de la India á Siria despues del año 300 de la egira; otros sostienen que ya se cultivaba en Sevilla en el siglo xii, y los portugueses enseñan aún en el jardín del Conde de San Lorenzo el primer naranjo que dicen haber sido traído por ellos y que es el padre de todos los de Europa.

El *alberchigo* fué traído de la Persia á Rodas, y desde allí á Egipto, y por último á Roma, en tiempo del emperador Claudio.

El *ciruelo* nace y crece sin cultivo en las inmediaciones de Damasco, en Siria, y de allí le trajeron los primeros cruzados.

La *viña* procede de Asia y se cree que Noé fué el que enseñó á los hombres el modo de cultivarla, atribuyéndose esto mismo á Osiris y Baco.

APUNTES.

Quando nuestra existencia, de alegre y placentera, se convierte en triste y casi desesperada porque una profunda pena embarga nuestro ser, y el dolor nos azota implacable, y huyen de nosotros las sonrisas, y todo lo vemos negro, sombrío, y podemos llorar, y lloramos, ese dolor, esa pena, por muy grande, por muy intensa, por muy profunda que sea, disminuye; porque el llanto es un consuelo para los males del alma.

Pero cuando esas lágrimas no salen, cuando no queman nuestras mejillas al resbalar por ellas, y no asoman á los ojos para caer, y quedan en el alma donde nacieron, y en ella se van depositando, ese dolor, esa pena crece, se agiganta y acaba por consumir, absorbiéndola, nuestra existencia.

¡Lágrimas vertidas y lágrimas guardadas.

Cuestión de vida ó muerte!

Todos los placeres, todas las alegrías, todas las satisfacciones que existen en la tierra y en el cielo, están condensadas en estas palabras: amar y ser amado.

Todos los sinsabores, todas las desgracias, todas las tristezas, en esta otra: suégra:

Si las miradas matasen, todas las mujeres estarían condenadas á muerte.

El primer efecto de la desesperacion es el mutismo técnico.

Si las mujeres fuesen mudas, serian perfectas.

Dios es el rey del mundo; el amor su príncipe de Asturias.

La muerte no purifica; el arrepentimiento al: por esto he creído siempre que los delitos, fueran los que fueran, se borran mejor con lágrimas que con sangre.

Para las almas honradas, el perdón y el olvido son incompatibles.

FERNANDO PASCUAL.

EPIGRAMAS.

Taconeando pasó
Por la calle del Infante
Un jóven muy elegante,
Cuando resbaló y cayó.
Una moza que á su lado
Iba, dijo, huelva la cruz:
—Chica, apaga ya la luz,
Porque el señor se ha acostado.

Moviendo á compas la saya
Con su atavío completo,
A una maja vió un paleta,
Y la dijo: — ¡Adios tocaya!
La moza le respondió,
Puesta en jarras y con sal:
— ¡Escuche osté, so costal,
¿Me llamo Bárbara yo?

Con la mantilla terciada
Estaba Juana Palomo,
Cuando el asistente Ponco
En ella clavó los ojos.
Despues se acercó y la dijo,
Como quien echa un pipero:
— ¿Mi prenda, sirvo de algo?
— Si, señor.
— ¿De qué?
— De estorbo.
LUIS RIVERA.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Todo es desigual sobre la tierra.

SUMARIO.

GRABADOS.—Un arriero catalán.—Capilla de San Isidro.—Aniádo y oguño.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Boussehard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Un arriero catalán.—Capilla de San Isidro.—La romería de San Isidro, por Manuel del Palacio.—Origen de los árboles frutales.—Apuntes, por Fernando Pascual.—Epigramas, por Luis Rivera.—Solucion al jeroglífico.